

627387000001

CES XIX

114-5

# LOS HOLGAZANES,

ZARZUELA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON JOSÉ PICON.

MUSICA DEL MAESTRO

D. FRANCISCO ASENJO BARBIERI.

Representada por primera vez en el Teatro de la Zarzuela, el 25 de Marzo  
de 1871.

MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.  
1871.

PERSONAJES.

ACTORES.

ELENA.....	SRTA. D. <sup>a</sup> ELISA ZAMACOIS.
SERAFIN.....	D. <sup>a</sup> ARSENIA VELASCO.
GLORIA.....	D. <sup>a</sup> DOLORES FRANCO.
RUFA.....	D. <sup>a</sup> CONCEPCION BAEZA.
LA LIBERALA.....	SOLDADO.
CARALAMPIA.....	ZÚÑIGA.
UNA MANOLA.....	GUILLÉN.
JUAN GARCÍA.....	SRES. 1. <sup>o</sup> ROSENDO DALMAU.
PEPE ACOSTA.....	MODESTO LANDA.
EL CHATO.....	MIRÓ.
EL ZAPATERO.....	CALTAÑAZOR Y MARI-MON.
DON CIRILO.....	CRESPO.
LUIS.....	RICARDO ZAMACOIS.
EL LACAYO.....	ESTEVE.
Un carpintero, un colchonero, chicos, vendedores, granujas, urbanos, manolos y pueblo de ambos sexos.	

La accion se supone en Madrid, 1854.

Esta obra ha sido dirigida y puesta en escena por el inteligente literato

**DON DIEGO LUQUE.**

Los figurines han sido dibujados por el distinguido pintor de historia D. MANUEL CASTELLANO.

Las decoraciones de los actos 1.<sup>o</sup> y 3.<sup>o</sup> se deben á D. ANTONIO BRAVO, y la del 2.<sup>o</sup> á los Sres. FERRI y BUSATO.

---

## ACTO PRIMERO.

---

Patio de una gran casa de vecindad.—Puertas numeradas en ambos lados y al fondo, en la planta baja y en los corredores del piso principal, á donde se sube por dos escaleras practicables —En el centro del foro, el portal que conduce a la calle.—Á la izquierda del público, primer término, ropas colgadas, trajes viejos, morriones, cuadros, etc., y un letrero que dice: *Prenderia*.—El fondo y la anchura de la escena todo lo mayor que posible sea.

### ESCENA PRIMERA.

#### INTRODUCCION MUSICAL.

Á un lado, primer término, el Chato jugando con otros dos manolos al chito y luego á las tres cartas. El Zapatero, primer término á otro lado, trabajando en su mesilla. La Liberala machacando en el almirez sobre el antepecho del corredor. Las sastras en el centro, sentadas, cosiendo. Seis madres con niños, en otro grupo. Un Carpintero cepillando madera: un Colchonero vareando lana. Varios trabajadores al fondo.

GLORIA, la LIBERALA, el ZAPATERO.

L.B.

(Machacando á compás en el almirez.)  
Un puñao de holgazanes

- jugando al chito.  
CORO. Chito, *á la gatatumba*,  
jugando al chito.  
LIB. Si no huele á garrote,  
huele á presidio.  
CORO. Si dio *á la gatatumba*  
huele á presidio.  
LIB. Jugad apriesa,  
que os están esperando,  
ando, *á la gatatumba*,  
Melilla y Ceuta.  
CORO. ¡Ay, ay, ay!...  
que os están esperando  
Melilla y Ceuta.  
Ceuta, *á la gatatumba*,  
Melilla y Ceuta.  
ZAP. (Machacando á compás en el huevo.)  
Mejor andara el mundo  
si yo pudiera.  
CORO. Diera *á la gatatumba*,  
si yo pudiera.  
ZAP. Machacar á los pillos  
como la suela.  
CORO. Suela *á la gatatumba*,  
como la suela.  
ZAP. ¡Alza pilili!  
¡Cuándo con piel de vagos,  
vagos, *á la gatatumba*,  
haré escarpines!  
CORO. Ay, ay, ay!...  
Cuando con piel de vagos  
haré escarpines,  
pines, *á la gatatumba*,  
haré escarpines!  
MADRES. (Meciendo á los chicos.)  
Duérmete, chiquitito,  
que viene el coco  
y se lleva á los niños  
que duermen poco.  
Duerme, alma mía!  
Duerme, pichon!  
ZAP. Muera el Estatuto! (Grito descompasado.)



LIB. Viva la Constitucion! (idem.)

(Todos contestan. Gritería y escándalo general.)

GLORIA. (Asomándose á la ventana que está sobre la pendería.)

Hágame usted los zapatos  
con tacones que alevanten,  
que soy chiquita y no llego  
á los brazos de mi amante.

ZAP. Yo te pondré en los zapatos  
unos tacones tan grandes,  
que necesite escalera  
tu novio para abrazarte.

MUJERES. Ay cuántos zapatos  
á todas harás,  
si con los tacones  
le llega á pescar!

LIB. Póngame usted en los zapatos  
las hebillas más brillantes,  
que el pié le enseñe á mi novio  
cuando quiero enamorarle.

ZAP. Yo te pondré unas hebillas  
tan relucientes y grandes  
que pida á voces padrinos  
y un cura para casarse.

MUJERES. Ay, cuántos zapatos  
á todas harás,  
si con las hebillas  
le llega á cazar!...

(El Chato y los otros dos perdidos, arman quimera  
sobre dinero y tiran de las navajas. Tumulto y gri-  
tos; algunos se interponen. Oyéanse las campanadas  
de medio día; todos se descubren, santiguan y rezan.)

CORO. La campana de las doce.

Dios nos dé su bendicion! (Santiguándose.)  
Á su cuarto cada quisque  
á comer la sopa de hoy.

Vamos allá,  
vamos allá,  
que los garbanzos  
y el azafran,  
á la gazuza  
llamando están.

(Avanzando al público y con desgarro.)

Hay dos bandos en el mundo  
que en eterna lucha están;  
el de tontos pa el trabajo  
y el de pillos para holgar.  
El segundo se mantiene  
del sudor que el otro da;  
yo me alisto en el de vagos  
y á vivir sin trabajar.

Nunca pierdo yo los toros  
en teniendo que empeñar;  
con mi bota y mi abanico  
al tendío á merendar.  
En habiendo procesiones  
ó algun reo que colgar,  
no me faltan diversiones  
ni quien pague el mostagan.

Vamos allá,  
vamos allá.

(Dispersándose y yéndose á sus cuartos.)

Que los garbanzos  
y el azafran,  
á la gazuza  
llamando están.  
Vamos allá!...  
Vamos allá!...  
Que los garbanzos, etc.

(Queda la escena sola: varios albañiles empolvados,  
con la chaqueta al hombro, penetran por el fondo y  
suben á sus cuartos.)

## ESCENA II.

PEPE y LUIS, por el fondo.

**HABLADO.**

LUIS. Mi querido Pepe Acosta!...

¿A qué vienes?

PEPE.

A jugar.

LUIS.

Dí: si se alzára tu padre  
de la tumba donde está,  
preguntándote: «¿qué has hecho  
del crecido capital  
que te he legado á mi muerte,»  
qué dirías?

PEPE.

La verdad.

Jamás conservó el dinero  
quien no lo supo ganar.  
Siempre exclamaba: «eres rico  
y nada te faltará;  
sé feliz: no necesitas  
instruirte ni estudiar.»  
Al verme con tres millones,  
pensé que esa cantidad  
nunca tener fin podría,  
mas pronto los ví acabar.  
Dime: y tú que te has metido  
á profesor de moral,  
¿por qué no escribes comedias  
en vez de picardear?

LUIS.

Representé diez ó doce  
y viví de agua y panal.  
Nuestras leyes no consagran  
derechos de propiedad  
á los autores: las obras  
son del que las quiere usar,  
como llovidas del cielo,  
y nadie nos paga un real.  
Si Breton y Gerostiza  
viven por casualidad!...  
Tres meses tuve un empleo  
y engordé una arroba ó más.

PEPE.

Y despues te le quitaron.

LUIS.

Para un yerno ganapan  
del cuñado del ministro.

PEPE.

Y no has vuelto á trabajar  
ni comer del presupuesto?

LUIS.

Es receta general  
que usan todos los ministros

de España para premiar  
el mérito y alentarle.  
PEPE. Viva la moralidad!...

### ESCENA III.

DICHOS y el CHATO.

CHATO. Don Luis y la compañía... (Saludando.)

LUIS. Hola, Chato!... Te presento (Á Pepe.)  
un liberal de los crudos.

CHATO. Señores, agradeciendo.

LUIS. Qué es de tu vida?

CHATO. Tirando.

LUIS. La vara de colchonero?

CHATO. Cá!... por el ole!... Eso era  
en tiempo é Fernando sétimo.

En primavera y verano  
vendia fresa y conejos,  
y por tres riales hacia  
cáa colchon en el invierno,  
ó revendia billetes  
en entrambos coliseos.

Pero ahora, ya es otra cosa:  
ahora soy un cabayero.

LUIS. Cómo?

CHATO. De una compañía  
de urbanos, soy mozo.

LUIS. Entiendo.

CHATO. Y hago las guardias que ocurren,  
á treinta riales ó á ménos:  
luego, á peseta por hora  
las centinelas, me encuentro  
bien comió y bien bebío  
y paseo y contento.

LUIS. Ahí lo ves: halló una breva, (Á Pepe.)  
que ni tú ni yo tenemos.

CHATO. Ustedes serán carcundas  
y yo soy liberal neto.

PEPE. Oiga usted, señor de... Chato:  
ánte de que, ni por sueño,  
vendiera usted una libra

- de fresa, falta de peso,  
y el primer gato por liebre,  
era yo patriota acérrimo,  
y en la Fontana de Oro  
y en Lorencini me oyeron,  
con el Conde de las Navas,  
Espronceda y otros ciento.
- LUIS. ¡Oh pais degenerado,  
donde un inculto fresero  
come mejor que un poeta  
y que un tribuno del pueblo!...
- CHATO. Toma!... Trabajen ustedes  
para ganarse el sustento.
- PEPE. Y sirva usted á su patria!...
- LUIS. Aquí no se premia el mérito!...
- CHATO. Pa mantener á gandules  
no tié España el prisupuesto!...
- PEPE. El gandul lo será usted!...

#### ESCENA IV.

DICHOS, SERAFIN, con cigarrillo en tenacilla y bastoncito.

- SERAFIN. Alto!... Señores, qué es esto?  
(Interponiéndose: al Chato.)  
Su capitan le ha expulsado  
de la compañía.
- CHATO. Pero  
Don Serafin, ¿cómo ha sio?
- SERAFIN. Que hoy ha mandado el gobierno  
borrar á los que no tienen  
modo de vivir honesto,  
un oficio ó casa abierta.
- CHATO. Y qué?... yo soy uno de esos?
- PEPE y LUIS. Por lo visto.
- SERAFIN. (Á Pepe y Luis.) Son ustedes  
mis padrinos y maestros,  
y á su posicion é influjo  
cariñosamente apelo.  
Yo quiero llegar á ser  
un calavera completo,  
quiero que me abra sus puertas



*la compañía del trueno.*

PEPE. ¿Y usted qué títulos tiene?...

SERAFIN. Van ustedes á saberlos.

MUSICA.

SERAFIN. Mi tío, que es ministro,  
me ha dado un buen empleo  
y cobro y me paseo  
y no quiero estudiar.  
Domino en los teatros  
con otros calaveras,  
y adoran las boleras  
al jefe de la *clac*.  
En bailes y tertulias  
escándalos provocho,  
y soy el fiero coco  
de todas las mamás.  
Y á tantos méritos  
hay que aumentar  
que bailo la mazourka  
y arrojaune coronas  
las niñas y jamonas  
que logro esclavizar.  
Larán, larán, larán, etc. (Bailando.)

LOS OTROS TRES. Si baila la mazourka,  
ya no le falta nada  
y tiene libre entrada  
en nuestra sociedad.

SERAFIN. Yo calzo á bailarinas,  
yo visto á comediantas,  
y rindo tantas, tantas,  
que ya no puedo más.  
En misa los domingos,  
le doy agua bendita  
á cierta duquesita  
que loca por mí está.  
Yo meto al más pintado  
la punta de un florete,  
que soy un saca-mete  
de grande habilidad.

Y á tantos méritos  
hay que añadir  
que bailo la mazourka  
y arrójanme coronas  
las niñas y jamonas  
que logro seducir.  
Larin, larin, larin, etc. (Bailando.)

LOS OTROS TRES. Pues si es tan diestro el mozo  
en lides y amoríos  
hay que premiar los bríos  
del bravo Serafin.

#### HABLADO.

SERAFIN. Con catorce mil del pico  
estoy en el ministerio.

CHATO. (Ya no hay justicia en España!...)

SERAFIN. Y eché los libros al cuerno.

PEPE. Entrará usted!... (Dándole la mano.)

LUIS. (Id.) Esa mano.

CHATO. Lo ven ustéas cabayeros? (Entrometiéndose.)

Aquí hay que cortar cabezas!

SERAFIN. Calla, anarquista perverso!

PEPE. Calle usted. (Al Chato.)

CHATO. Soy un patriota!

SERAFIN. Nos veremos!...

CHATO. Nos veremos!...

LUIS. Basta ya! Aquí nadie riñe!... (Interponiéndose.)

Dénse la mano al momento.

Y vamos á dar tres golpes

á un duro en ese tablero.

(Suben por la derecha.)

#### ESCENA V.

D. CIRILO, que da un silbido y sale la tía RUFA por la  
derecha.

CIRILO. Un racimo de viciosos  
que sube á tentar fortuna:  
esta es la primer materia

que necesita mi industria. (Silba.)

RUFA. Oh, mi señor don Cerilo!...

CIRILO. Felices días, tia Rufa.

¿Cómo van nuestros negocios?

RUFA. Grandemente: ha habido muchas compras de alhajas robáas.

CIRILO. Pero el metal?...

RUFA. Qué pregunta!

Buenos crisoles y hornillos  
no faltan en casa nunca.

Diez candeleros, dos fuentes  
y un santo, patron de Murcia,  
los he convertió en pasta.

CIRILO. Pues veo que usted madruga.

RUFA. Y el que venga atrás que arree.  
Como no coma la curia  
más que lo que de mí saque,  
ya puede vender la bula.

CIRILO. Segun eso ha habido robos  
de gente gorda?... (Con curiosidad.)

RUFA. El del cura

de la calle de Preciados  
nos valdrá cien onzas justas.

El ama salió á la compra,  
Balseiro estaba á la husma,  
le cogieron en la cama  
y gomitó hasta la última.

CIRILO. Y el robo de la modista  
de la reina?

RUFA. En aleluyas

van vendiéndole los chicos.

Qué valor, que travesura  
tienen Balseiro y Candelas!...

El crio allí fué el Judas:  
mientras estaban robando,  
llegó gente y, con frescura,  
mandó Luis abrir la puerta  
tres veces, y toas juntas  
las vesitas que acudieron  
fueron quedando desnudas.

Seis mil duros he pagao  
por las alhajas.

CIRILO. Son muchas?...

RUFA. Y güenas. Como soy ama  
de toa la gente de uña,  
porque pago con largueza  
mis expias y granujas  
y á mis francachelas traigo  
los reyes de la ganzúa,  
no dan golpe chico ó grande  
al que no saque la enjundia.

CIRILO. Escúcheme; punto en boca.  
Tengo un plan, si usted me ayuda.  
(Con sigilo.)

RUFA. Hay que asaltar los conventos.  
Cómo? (Sorprendida.)

CIRILO. Explotando en las turbas  
el terror que infunde el cólera  
y atrayendo la ira pública  
sobre los frailes.

RUFA. No entiendo!...

CIRILO. Se esparce cualquier calumnia  
y limpiamos las iglesias.

RUFA. Tome un beso en la peluca!...  
(Se le dá entusiasmada.)

CIRILO. Sé dónde están las alhajas  
por los muchos saltatumbas  
que he conocido en la bóveda  
de San Ginés, donde, á oscuras,  
alumbro disciplinazos  
en sus espaldas desnudas.  
Se encenderán las pasiones,  
se prolongará la lucha  
de carlistas y cristinos  
y haremos nuestra fortuna.

RUFA. ¡Oh mi madre, tia Cotilla,  
que al palo diste la nuca,  
tu sangre servil y noble  
por estas venas circula!...

CIRILO. Vamos á preparar dentro  
sacos, hachas y ganzúas

## ESCENA VI.

El CHATO, que bajo triste de la casa de juego, á poco GLORIA.

CHATO. Me han robao cuanto tenia!...  
Y ahora sin empleo yo,  
¿á qué me agarro? Á la vara  
de colchonero? Furor  
me da sólo de pensarlo!...  
Si hallara una preporcion  
pa casarme... Ahí está Gloria  
(Mirando á la prendería.)  
fresca y guapa como un sol:  
y su madre con más oro!...  
Quién dijo miedo? Allá voy! (Acercándose.)  
Hola, Gloria!... (Gritando á la puerta.)

GLORIA. (Saliendo.) Quién me llama?  
Hola, Chato!...

CHATO. ¡Viva Dios,  
que echa al mundo tales hembras!

GLORIA. Qué le ocurre?

CHATO. Náa: que hoy  
llegó la hora de decirte...

GLORIA. Me tutea usted?... (Colérica.)

CHATO. Pue, no?...

Si casi nacer te he visto.

GLORIA. Esa no es una razon  
para subirse á las barbas  
un cualquiera!...

CHATO. (Me partió!...)  
Como te he tratado siempre,  
tú por tú...

GLORIA. La educacion  
que mi mamá me está dando...

CHATO. La tia Rufa?... (Escandalizado.)

GLORIA. Sí, señor.

Un abismo incongruente  
pone entre nosotros dos.

CHATO. De modo, que si te pido (Luis aparece arriba.)  
pa mi mujer?...

GLORIA. Morralon!...



No se peinan pa tios feos  
buenas mozas como yo!...

(Váse á la prendería.)

CHATO. Por este lao no hay comia.

Vamos por otro mejor. (Váse por el fondo.)

## ESCENA VII.

PEPE, luego GLORIA, despues RUFA y CIRILO.

PEPE. Estoy perdido y no tengo  
más recurso!... (Pa una palmada.)

GLORIA. Adios, José!...

Hoy te descuelgas muy tarde.

PEPE. Porque te vengo á traer  
las tenacillas del pelo  
que me has encargado. (Dándoselas.)

GLORIA. Bien.

PEPE. Un par de medias de seda, (1a.)  
de color de rosa.

GLORIA. Á ver?... (Con curiosidad.)

PEPE. Y los billetes del baile (Dándoselos.)  
del jardin de Apolo.

GLORIA. Tres?... (1a.)

PEPE. Sí: para tí y dos amigas.

GLORIA. Y mi madre?...

PEPE. No.

GLORIA. Pues quién  
me ha de acompañar?

PEPE. Cualquiera,  
ménos tu madre: porque,  
sí, colgada de mi brazo, (Rufa en la puerta.)  
á la tia Rufa la ven,  
con zapatos de canónigo,  
papalina y ferroñé,  
la compañía del trueno  
nos da un susto para un mes.

RUFA. Alzamuertos!... Insolente!...  
(Tirándose á él: los otros se interponen.)

PEPE. Señora, á los piés de usted.  
(Con cachaza, quitándose el sombrero.)

RUFA. Es usted un caballero

con caballo... de alquiler,  
pero mi hija tiene novios  
mejores á puntapiés.  
Don Juauin el boticario,  
(Contando por los dedos.)  
el tiniente don Grabiél,  
el hijo de la tia Barbas,  
y hasta un señor bachiller  
en cerujía y en partos,  
me la han pedío.

PEPE.

Lo sé.

RUFA.

Que mi hija no está en la calle  
y tiene mesa y mantel,  
y para náa nesecita  
á usted ni á naide!...

PEPE.

Bien, bien.

RUFA.

Que abandonó la carrera  
del baile, y era un pincel,  
y los hombres con los ojos  
se la querian comer.

CIRILO.

¿En el ole ó la cachucha?

RUFA.

En el vito de Jerez.

CIRILO.

La chica es muy bien formada!...

RUFA.

Sí, señor; mejor que usted.

Por darle gusto á su madre,  
deprendió Gloria despues  
á escrebir, y no contenta,  
deprendió luego á leer.

Cepillarla era preciso,

y por eso, la tomé

maestro de forte-piano

con veinte riales al mes,

y otros cuarenta al de gringo:

y en fin, señor don José,

si la he hecho una señorita,

ahí está, se puede ver.

Conque afuera requilorios;

hoy se descubrió el pastel;

errar ó quitar el banco:

no se casa con usted.

PEPE.

¿Por qué? (Colérico.)

RUFA.

Porque es un pedrió (Gritando.)

y no la pué mantener.

PEPE. Usted nos dará de sobra.

GLORIA. Si, sí!... (Suplicante.)

RUFA. Basta! Ya me harté!...

GLORIA. Madre!... (Gimoteando.)

RUFA. Te azoto con chancla  
si le vuelves más á ver!...

MUSICA.

PEPE. Señora doña Rufa,  
no sea tan tenáz  
y elija Gloria esposo  
en plena libertad.  
Usted no puede sola  
comerse su caudal:  
pues dejé usted, á lo ménos,  
comerlo á los demás.

GLORIA. Se casan mis amigas  
y toa la vecindad,  
y pa vestir imágenes  
yo no me he de quedar.  
Si no quíe que me case  
usted por no alojar,  
con agua de vitriólogo  
me voy á envenenar.

RUFA. Para un rico tronao,  
vicioso y holgazan,  
no desplumé, hija mia,  
á media humanidad.  
Tú llevas un buen dote,  
José no tiene un rial;  
si quíe que le mantengan  
que vaya al hespital.

CIRILO. (No seas tan estólido! (Á Pepe.)  
recoge velas ya,  
porque este parentesco  
seria tu dogal.  
Si alzáranse tus padres  
del lecho sepulcral,  
eternas maldiciones

tendrias que escuchar.)

PEPE. ¿No queda esperanza?  
RUFÁ. Ya dije que no!...  
PEPE y GLORIA. Adios, para siempre!... (Abrazándose.)  
¡Oh madre feroz!...

PEPE. (Suerte negra,  
con tal suegra  
me debia de esperar:  
pero á sustos  
y á disgustos  
yo la haria reventar.)  
GLORIA. (De bolera  
retrechera,  
con galanes á escoger,  
solterona,  
regoldona,  
con goteras vendré á ser.)

RUFÁ. (Este fino  
lechuguino  
llegaria pronto á dar  
buena cuenta  
de la renta  
y tambien del capital.)

CIRILO. (Desahuciado  
y entrampado,  
sin tener recurso ya,  
así pronto  
de este tonto  
me podré yo apoderar.)

(Rufá mete á empujones á su hija en la prendería.)

## ESCENA VIII.

CIRILO y PEPE.

HABLADO.

CIRILO. Qué cosas hacen los hombres!  
PEPE. Por comer!...

- CIRILO. No: por holgar.  
(Cogiéndole Pepe de la solapa con ira y luego contentiéndose.)
- PEPE. Usted fué ayuda de cámara,  
secretario general,  
y despues apoderado  
de mi padre.
- CIRILO. En gloria está! (Cruzando los dedos.)
- PEPE. Treinta y tres casas tenia  
aquí en Madrid.
- CIRILO. Y algo más.
- PEPE. Y me dejó diez y siete,  
que di á usted á administrar,  
y siguiendo administrándome  
no tengo ninguna ya.
- CIRILO. Tus vicios, tus compañías  
te causaron todo el mal.
- PEPE. No me decía usted eso  
al verme en París jugar  
y prestarme sobre fincas  
á retroventa.
- CIRILO. Jamás  
pensé que por censurarte  
una boda desigual...
- PEPE. ¿Y qué hacer, si estoy tronado  
y de nada soy capaz? (Con amargura.)
- CIRILO. Pero á tí, jóven, buen mozo  
y melenudo además,  
¿qué es lo que te ha acobardado?
- PEPE. Su modo de administrar.
- CIRILO. Y si yo te proporciono  
una gran boda, ¿qué harás?
- PEPE. Aceptarla. (Resueltamente.)
- CIRILO. Hay condiciones.
- PEPE. No importa: lo mismo da.  
Yo me entrego en alma y cuerpo  
á usted como á Satanás.
- CIRILO. Así pago tus insultos;  
¡yo comí en tu casa el pan!... (Llorando.)
- PEPE. Es bonita?
- CIRILO. Como un ángel.
- PEPE. Y fácil de enamorar?



- CARLO. Es romántica; hay que herirle  
su fibra sentimental  
leyéndola unos versitos  
en alguna sociedad.  
Mira, en el café del Príncipe  
cualquiera te los hará  
por un café con tostada.
- PEPE. Corriente; no hay más que hablar.  
(Vánse. Quedan Rufa, Gloria y el Zapatero traba-  
jando; seis ú ocho sastras cosiendo.)

### ESCENA IX.

DICHOS y JUAN, que saca una mesita y se pone á dibujar.

- GLORIA. Don Juan, ya está el patio libre;  
saque usted aquí la mesa  
que hay más luz.

JUAN. (Saliendo.) Dios te lo pague!

RUFA. Usted siempre en su faena  
ganando el pan?

JUAN. Sí, señora;  
¡temo tanto á la miseria!

GLORIA. Mañana se desamina  
de arquitecto.

RUFA. Enhoragüena!

GLORIA. Dios le saque con fortuna!

RUFA. Pal trabajo es una fierla! —  
(Hija mía, esto es un hombre!

(Llevando á Gloria á un lado.)

Yo, que las entrañas secas

tengo, por tantas infamias

como conocí en la tierra;

yo, que vivo entre perdíos;

yo para mi hija quisiera

á ese, al hombre más honrao

sin tener una peseta!...)

### ESCENA X.

DICHOS y un LACAYO.

LACAYO. Hay aquí un tal Juan Jarcía,

- maestru de obras?
- JUAN. Yo.
- LACAYO. Me urdena.
- avisarte en el momentu  
mi señora la Marquesa  
del Pinu; conque al escape,  
corre á ver á Su Excelencia.
- JUAN. Pues diga usted que no puedo.
- LACAYO. Cómu?... (Asombrado.)
- JUAN. Sí: que estuve á verla  
tres veces y la negaron,  
y como á ella le interesa  
más que á mí, de sobra tiene  
el tiempo y la carretela,  
y yo sostengo una casa,  
que venga aquí Su Excelencia.
- LACAYO. Estás locu?... aquí nu viene  
mi señora!... (Carcajadas estúpidas)
- JUAN. Que no venga.
- LACAYO. Abur!...
- ZAP. Leviton!... bigardo!...
- GLORIA. Ponte unas trabillas nuevas  
á la levosa!...
- LACAYO. De chusma,  
(Desde el fondo con majestad.)  
no contestu desvergüenzas!...  
(Váse: grito general.)
- RUFA. (Ves qué agallas tiene el tio?...)
- GLORIA. (Y qué dirnidá tan sería!...)
- ZAP. Pero usted, señor don Juan,  
no sabe que á esa Marquesa,  
por lo rica y por lo guapa  
la mima toa la grandeza?
- RUFA. Ha hecho bien!...
- JUAN. Y qué me importa?
- ZAP. Y que tratarse con ella  
es un golpe de fortuna  
pa usté, pa mí y pa cualquiera!
- RUFA. El señor no es como tú,  
un lamerón!...

## ESCENA XI.

DICHOS, la LIBERALA, luego D. CIRILO, LUIS, PEPE, el  
CHATO y SERAFIN.

- LIB. Fuera!... fuera!...  
(Gritando desde su puerta.)  
No necesito fiscales  
mientras me pongo las medias!...
- GLORIA. Mire usted la Liberala, (A Rufa.)  
á sus pretendientes echa!  
(Van saliendo á hurtadillas y huyen avergonzados  
todos, menos Cirilo, el Chato y Luis que se quedan  
á un lado.)
- RUFA. Pues, chica, procesion sale!...  
Don Cerilo y el poeta  
y el rico tronao y el Chato!...
- JUAN. (Y Luis tambien; ¡qué vergüenza!)
- RUFA. Serafin el melenudo!...  
¡Sólo falta la retreta!
- ZAP. Tiene que echar las vesitas  
mientras se viste.
- GLORIA. Por fuerza:  
todas sus habitaciones  
se reducen á una pieza!
- RUFA. Que la parta con la colcha  
como telon de comedia,  
y que detrás se aderece  
esa grandísima puerca!...
- GLORIA. No tiene colcha pa eso.
- RUFA. Por qué?
- GLORIA. Porque se clarea  
y verian sus vesitas  
más bacalao que en cuaresma!...
- RUFA. Ten más dirnidá, muchacha! (Con majestad.)
- GLORIA. Vaya! la que usted me enseña!  
(Dando rabotada.)
- ZAP. La Liberala!...
- LIB. Felices!... (Bajando.)  
Ya estoy vestia y compuesta.
- CIRILO. Esa estampa me ha quitado

LIB. de pronto el dolor de muelas.  
Pus qué, ¿le queda á usted alguna?  
Serán raigones!...

CIRILO. Qué lengua!

GLORIA. Duelen los dientes postizos?...

RUFA. Cuando son de muerto, heredan  
los dolores que el defunto  
antes de morir les deja.

LIB. Oye tú, liberal, corre (Al Chato.)  
y búscame una calesa  
que me lleve en diez minutos  
á la fuente de la Teja.

RUFA. El Chato no va.

LIB. Por qué?

RUFA. Porque no le doy licencia.

CHATO. Señá Rufa!...

RUFA. Punto en boca!

Atrévete!..

CHATO. Suerte perra!

LIB. Mejor: no quíó que me sirva  
un barnizaor de viejas.

Si gasto yo pa criaos,  
no colchoneros de pega,  
correiores cesantes  
y escribanos de comedias!

Anda, literato, trota! ..

y tráeme aquí la calesa.

LUIS. Al instante.

LIB. Pa tí alquila  
un landó con forro é seda,  
pa que el señor don Cerilo  
venga á pagar la merienda.

CIRILO. (Te necesito; ven pronto!...  
(Cogiendo al Chato.)

CHATO. Hay que trabajar?

CIRILO. Y en regla.)

## ESCENA XII.

DICHOS, PEPE, desde el fondo.

PEPE. ¿Qué es esto, ilustres vecinos

del Campillo de Manuela?

¿Cómo estais aquí en trabajo  
si Madrid entero huelga?

Hoy se dan á hacer novillos  
los muchachos de la escuela;  
ciérranse los ministerios,  
los juzgados y las tiendas,  
y sin ningun estudiante  
la universidad se queda.  
Pus qué sucede?...

LIB.

PEPE.

Que han preso

hace poco á Luis Candelas,

(Sorpresa general.)

que van ahora á trasladarle

del Saladero á la Audiencia, (Murmillos.)

pero á pie y á medio dia

para que todos le vean, (Alegria.)

y en fin, que Madrid entero

se amontona en la carrera.

(Gritería y luego silencio.—Música en la orquesta.)

ZAP.

¡Gitrudis, echa el garrote! (Á gritos.)

LIB.

¡Bastian, ponte la chaqueta!

(Caen de arriba varias prendas de vestir.)

RUFA.

¡Marica, baja la bota

y echa el candao á la puerta!

(Todos se van en grande algazara. Las mujeres poniéndose pañuelos á la cabeza y los hombres sus chaquetas. Los útiles del trabajo, arrojados en todas direcciones, dejan la escena en gran desórden.)

### ESCENA XIII.

JUAN, GLORIA, luego SERAFIN y ELENA seguida del  
LACAYO.

GLORIA. Don Juan, ¿quiere usted que saque  
á comer aquí á los niños?

JUAN. Así estarán más alegres.

GLORIA. Voy por los dos angelitos.

(Vase y vuelve con ellos y los sirve de comer en una mesita.)

JUAN. ¡Rechazará la academia



mañana mis ejercicios,  
hechos entre sobresaltos,  
enfermedades y gritos?  
Dios no puede abandonarme,  
no por mí, que nada pido,  
por las pobres criaturas  
á quienes doy pan y asilo.

SERAFIN. ¿Cómo á usted, noble Marquesa, (Entrando)  
hallo en tan humilde sitio?

¡Esto es algo sospechoso!... (Con impertinencia.)

ELENA. Y diga usted, hijo mio, (Con impaciencia.)  
cómo no está usted en cátedra?

SERAFIN. Caa!... Si mi tío el ministro  
me colocó há pocos dias  
con catorce mil y el pico.

ELENA. Y su tío ha hecho la gracia  
de que usted ahorque los libros?

(Cada vez más impaciente y mirando á todos lados.)

SERAFIN. Como están las oficinas  
cuajadas de hombres antiguos,  
hay que introducir en ellas  
el espíritu del siglo,

(Fumando un cigarillo con lente y bastoncito.)

dando á los jóvenes parte  
en los públicos destinos.

¿Se practica ó no el sistema  
puro representativo?

ELENA. Y para ser empleado  
á nadie causó perjuicio?

SERAFIN. Mi antecesor, un vejete  
que contaba medio siglo,  
fué mandado con ascenso  
á Cuba; y el pobrecillo  
murióse á las dos semanas.

ELENA. Pero eso es horrible, niño!  
Y si tenía familia?

SERAFIN. Son contras del buen servicio.  
No puede tener entrañas  
jamás el hombre político.

ELENA. Pero si ha dejado huérfanos!...

SERAFIN. Lo ignoro. (Con trivialidad.)

JUAN. DOS. (Señalando á los niños.)

ELENA. Es inicuo!... (Con vehemencia.)  
 SERAFIN. Perdone usted... Yo deploro!... (Á Juan.)  
 ELENA. Basta!... (Imperativamente señalándole la puerta.)  
 SERAFIN. (Será su trapillo!...) (Saluda y váse.)  
 ELENA. ¿Es usted un tal... Juan García...  
 (Leyendo un papel.)  
 un maestro de obras? (Con desprecio y altanería.)  
 El mismo.  
 JUAN. Vete. (Al lacayo, que estará en el fondo.)  
 ELENA. Yo sola no deju  
 LACAYO. á usía en este presidio!  
 JUAN. No tema nada. (Á Elena.)  
 ELENA. Sal pronto. (Imperativamente.)  
 LACAYO. (Pues si corre algun peligro  
 grite, que yo y el cuheru  
 nuestras navajas trujimus. (Váse.)

MUSICA.

Juan trabaja en su tablero.—Gloria da de comer á los dos niños  
 y observa lo que pasa.—Elena, viendo la indiferencia de Juan,  
 rompe en cólera.

ELENA. Acabe el maestro de obras (Con altivez.)  
 y dígame ya al fin  
 por qué causa me obliga  
 á tal sitio á venir.  
 JUAN. Tres veces á su casa  
 perdiendo el tiempo fui.  
 Usted quiso negarse,  
 pues venga usted aquí.  
 ELENA. Yo soy una gran dama.  
 JUAN. Yo soy un albañil.  
 GLORIA. (Bendita sea tu boca,  
 que vale un Potosí.)  
 ELENA. Podía haberme escrito.  
 JUAN. No es cosa de escribir.  
 ELENA. Traerme á tal paraje!...  
 JUAN. Dishonra no hay aquí.  
 El caso á usted importa  
 y mucho más que á mí.

- ELENA. Me importe ó no me importe,  
obligame á venir.  
Debió usted una audiencia  
solicitar de mí.
- JUAN. Sustento cuatro bocas,  
é impídemme salir  
mi hermana moribunda  
que está en su lecho allí.  
Lo que malgasta el rico  
al pobre hace vivir:  
el tiempo que á usted sobra  
y que me falta á mí.  
Injusta es la señora,  
pues no le ha de pedir  
limosna el millonario  
al mísero infeliz.
- GLORIA. (La grande señorona  
le quiso confundir  
mas la ha tapao la boca  
de un golpe el albañil.)
- ELENA. (Oh gracias, Virgen mía!...  
Encuentro un hombre al fin  
que no me adule ciego  
como un esclavo ruin.)
- JUAN. El disgusto que demuestra  
en venir á este lugar,  
gran señora, en alegría  
voy tal vez á trasformar.
- ELENA. Deje usted los circunloquios  
y comience á relatar.
- GLORIA. (Tal soberbia y tal orgullo  
me están dando cien patáas.)
- JUAN. Yo compré, por treinta reales,  
un armario de nogal,  
de tallado primoroso,  
en la tienda que allí está.  
Pero al irle examinando  
vine al fin á tropezar  
con un doble fondo oculto  
y un tesoro, un capital.  
Indagué la procedencia

- del armario, y supe ya  
que mandó usted al mayordomo  
unos muebles renovar.
- ELENA. Luego yo soy?... (Alarmada.)  
JUAN. Sí, la dueña,  
á quien voy ahora á entregar  
un millon en vales reales  
y un collar, que vale más.
- ELENA. Conque usted?... (Absorta.)  
JUAN. Es un secreto  
que en los tres tan solo está.  
(Señalando á Gloria.)  
Hay tambien dos pergaminos  
de remota antigüedad,  
que su buen derecho prueban,  
en Trujillo, á un olivar.
- ELENA. Estimado en cien mil duros, (Con alegría.)  
que disputanme años há  
en litigio interminable  
que tal vez me arruinará.
- JUAN. Vete, Gloria, y al momento  
los papeles tráeme acá.
- GLORIA. (Los arranques de este tio  
me dan ganas de llorar.)  
(Váse y vuelve con un gran rollo y un estuche.)
- ELENA. Y un tesoro, que usted pudo  
sin peligro conservar,  
pues que nadie lo sabía,  
me lo va usted á entregar?..
- JUAN. Mi deber, señora, cumplo.
- ELENA. Su honradez no tiene igual.
- JUAN. Muchas almas hay honradas,  
pero ruido poco dan.
- ELENA. (¡Oh qué lástima que este hombre  
viva aquí en la oscuridad!)  
Parta usted estos valores;  
(Ofreciéndole el rollo.)  
quiero darle la mitad.
- JUAN. Por volver lo que no es mio  
todo premio está demás.
- ELENA. Como obsequio?... (Suplicante.)  
JUAN. (Rechazándolo.) No, tampoco.

ELENA. No merece usted, en verdad,  
ser tan pobre, sino rico.  
JUAN. La riqueza no da paz.  
El tener una conciencia  
pura y limpia vale más.  
ELENA. Conocer su vida quiero  
y su historia aquí escuchar  
de sus labios, porque al ménos  
solicito su amistad.

JUAN. Pobre artesano fué mi buen padre  
y yo cantero con buen jornal:  
salí soldado y aquel oficio  
vine en el caso de abandonar.  
Por mi conducta fui distinguido;  
tuve licencia para estudiar,  
y examinado de agrimensura  
cinco mil reales pude juntar.

ELENA. Continúa, continúa.

JUAN. Ya redimido y sin recursos,  
siendo las artes mi vocación,  
por ver á Roma, fui de criado  
de un noble que iba de embajador.  
Allí enseñaron los monumentos  
nuevo horizonte á mi ambición,  
y de arquitecto con mil trabajos  
á examinarme mañana voy.

Hoy, gran señora, soy el amparo  
de esos dos niños de tierna edad  
y de su madre, que moribunda,  
sólo un milagro puede salvar.

ELENA. (Tal fortaleza, tantas virtudes  
han conquistado mi corazón.  
Lástima grande no haber tenido  
hombre tan recto cuna mejor.)

GLORIA. (Con sus lacayos y su carroza,  
tantos diamantes, tanto tisú,  
chica se queda pa Juan García  
la señorona de sangre azul.)

- ELENA. Usted privarme quiere  
aún de corresponder  
al rasgo nobilísimo  
de su inclita honradez.
- JUAN. Volver lo que no es mío,  
cumplir un gran deber,  
ningun premio merece,  
sino el que Dios me dé.
- ELENA. Los niños están tristes; (Yendo á ellos.)  
su extrema palidez  
revela los dolores  
que día y noche ven.  
Están casi desnudos!...
- GLORIA. (Señora, la escasez...  
su madre tan enferma!...)
- ELENA. Un beso, dos y diez!... (Besándolos.)  
Don Juan, de aquestos niños  
la madre quiero ser;  
y nadie de llevármelos  
podrá privarme!...
- JUAN y GLORIA. Qué?... (Asombrados.)
- ELENA. Soy viuda y los prohijo!...
- GLORIA. Bendita sea usted!...  
Bendita sea su boca!...
- JUAN. Besar quiero sus piés!...  
(Arrodillándose: Elena le detiene.)
- ELENA. El oro que me ha vuelto,  
¿de qué me ha de valer  
si no enjugara el llanto  
de un hombre como usted?
- 
- Dios no otorga las riquezas  
sino para remediar  
las desgracias y miserias  
de la triste humanidad.  
Bendecir yo debo al cielo,  
que me ha dado la ocasión  
de endulzar tantos dolores  
y alegrar mi corazón.
- JUAN. Mi trabajo no podía  
tantos males remediar,  
y mis fuerzas ya se hallaban



casi á punto de faltar.  
Pero Dios de mi agonía  
ha tenido compasion,  
y en su nombre á usted envia  
para nuestra salvacion.

GLORIA. Cuando vi yo á usted, señora,  
gomitando vanidaz,  
en la boca del estómago  
me pegó usté cien patáas.  
Pero ahora que ha venío  
pa ser un ángel de Dios,  
la daría dos mil besos  
por su hermoso corazon.

---

HABLADO.

ELENA. Oh! qué dichosa me siento!  
Al coche, al coche, hijos míos!

JUAN. Noble señora, me ocurre  
que hay que alcanzar el permiso  
de la madre, si su estado  
consiente hablarla.

ELENA. Ahora mismo  
entre usted, y si es posible,  
prepárela, mas con tino,  
que la emocion no la mate!

JUAN. Seré cauto. Ven conmigo (Á Gloria.)  
para ayudarme.

GLORIA. Y qué pasa  
si no podemos decírsele,  
ó se niega?...

ELENA. (Con arrebató.) Que los robo  
y me los llevo ahora mismo,  
y cuando ella se mejore,  
vendrá tambien con sus hijos.

GLORIA. Dios la bendiga esa boca,  
maríantal de beneficios!...  
(Vánse Juan y Gloria.)

ESCENA XIV.

ELENA, sola, á la puerta de JUAN, con los niños. RUFA, la MANOLA, el ZAPATERO, el CARPINTERO y toda la chusma.

Luégo el LACAYO y el cochero.

RUFA. Ay, qué hermoso iba Candelas!...  
Parecia un Santo Cristo  
cercado por los sayones!...

CARP. Y ahorcarán al pobrecito?

ZAP. Qué lástima, doña Rufa!

RUFA. Son muy brutos los menistros!...

LACAYO. (Á Elena, quedando á su lado.)

(Como la metralla ha entrado,  
yo y el cuchero venimus!..)

ZAP. Quién será esa señorona

que á pares por los hocicos

nos restrega sus lacayos?

RUFA. Pus qué, no la has conocio?

Frábica de puños tiene.

ZAP. Por qué?...

RUFA. Por las veinticinco

varas que echó en cáa levosa.

CARP. No estornuarán de frio!

ZAP. Pus pa horchata en el verano

no ganan los maldecios!

MANOLA. (Entrando ahora.)

En coche de escudo de armas

la Liberala ha subio,

y el literato al pescante,

y van que bufan!...

LACAYO. (Al Cochero.) Franciscu,

sal corriendo!... (Vánse el Lacayo y el Cochero.)

ELENA. Es imposible

que se atrevan...

LACAYO. (Desde fuera.) Es el miu!...

Salvaguardias!... Pillastrones!... (Gritando.)

ELENA. Oh, qué infamia!...

RUFA. (Con sorna.) Por lo visto,

le ha gustao más el de usía  
que el simon!...

ELENA. (Indignada.) Y quién ha sido?

RUFA. La Liberala: una moza  
con más velas que un navío.

ZAP. (Con chunga.) Señora, no hay que alarmarse.

RUFA. Lo más que habrá sucedido,  
es empeñar la carróza  
por una lonja é tocino.

ELENA. Oh, qué casa!...

GLORIA. (Á Elena, saliendo ahora.) Ya consiente!

ELENA. Venid, venid, hijos míos!...  
(Cogiendo uno en brazos y otro de la mano.)

RUFA. Se los lleva esta señora?...

(Con rudeza, coriándola el paso.)

GLORIA. (Gritando.) Hoy de probes han salío!...  
los prohiha su excelencia!...

TODOS. Quién?... (Con sorpresa, amontonándose.)

GLORIA. (Gritando.) La marquesa del Pino!

Y toos os estais portando  
como gentes sin sentío,  
sino alfombrais con chaquetas  
y mantones, ahora mismo,  
este patio, pa que salga  
con el rumbo merecio!...

(Tumulto, griteria y confusion general. Todos se  
quitan las chaquetas, pañuelos de la cabeza y som-  
breros y los arrojan al suelo.)

---

MUSICA.

Rufa se tira al cuello de Elena y la besa y espachurra.

CORO. Viva la señá marquesa  
y su hermoso corazon!...  
Que la ropa de los probes  
de sus piés sea colchon.  
Dios bendiga á su excelencia  
y ese rostro, que es un sol,  
y vivan las almas nobles  
que consuelan el dolor!...

En nuestros brazos

(Dos manolos cogen los niños.)

irán muy bien

y escoltaremos

á su mercé.

Y pá que usía

no vaya á pié,

en nuestros brazos

irá tambien!...

(Hacen ademán de cogerla.)

ELENA. (Resistiéndose avergonzada.)

Buenos amigos

gracias les doy,

pero no admito

tanto favor.

Adios!... Adios!...

Adios!... Adios!...

CORO.

La Virgen santa

su proteccion

dé á su excelencia:

vaya con Dios!...

(Váse Elena con los niños en brazos de dos manolos.)

**HABLADO.**

MANOLA. Y sabeis, la Liberala  
de nosotros lo que ha dicho?  
Que estamos muertos de envidia!...

(Murmullos.)

que semos unos perdíos! (Voces.)

Y que alternar no podemos

con ella ni sus amigos!... (Escándalo.)

ZAP.

Yo empeno el huevo, tia Rufa,  
y el tirapié y el banquillo! (Sacándolos.)

RUFA.

Dos pesetas.

ZAP.

Pus andando!

GLORIA.

Pa qué?

ZAP.

Me voy ahora mismo

á la fuente de la Teja.

MUJS.

Y yo!... (Váanse á su cuarto y vuelven á empear.)

HOMBS.

Y yo!... (Id.)

- MANOLA. Oye, Rufino!... (Gritando.)  
Echa el jergon y tu capa,  
que vamos de rebullicio!...  
(Caen la capa y el jergon.)
- COLCH. Yo la vara, las agujas  
y la bolsa. (Sacando los útiles de colchonero.)
- CARP. Yo el cepillo  
y esta sierra. (Sacándolos.)
- RUFA. Medio duro.
- CARP. Pues andando y al avío.
- ZAP. Á escote, coche pá túos.
- MANOLA. Y en qué vamos?
- ZAP. En onibus.
- CARP. Y qué comer?
- ZAP. Con pesetas,  
en un bodegon del rio.
- RUFA. (Holgazanotes!... perversos!...  
Les voy á sacar el quilo!...)
- CARP. Gloria, vente con nosotros.
- GLORIA. Madre, me dá usted premiso?...
- RUFA. La educacion que te he dao,  
qué mal que la has recibío!...  
¿Pá qué pago los maestros  
de forte-piano y de gringo?  
Ay!... si me sacó una chancla,  
te doy donde el sol no ha visto!  
(Los vecinos y vecinas vuelven de sus cuartos con  
ropas, utensilios y útiles de trabajo y cocina, y ro-  
dean á la tia Rufa, que les va repartiendo dinero;  
mientras el Zapatero y el Carpintero recogen lo obje-  
tos empeñados y los entran en la prenderia. Luego se  
van distribuyendo todos á sus cuartos á tomar los  
sombrosos y guitarras. Rufa entra en su casa.)

## ESCENA XV.

DICHOS, JUAN agitado se dirige á GLORIA.

- JUAN. Has estado en la botica?
- GLORIA. Las medecinas no dan  
si no llevo cuatro duros,



que es lo que se debe ya.

JUAN. ¡Qué desgracia, Gloria mía!...  
Oh! Dios!... Qué contrariedad!... (Llorando.)

GLORIA. (No tengo valor pa oírle!...)  
(Éntrase en casa de Rufa llorando y limpiándose las  
lágrimas con el delantal. Pausa.)

JUAN. Mas qué dudo?... Hay que empeñar  
lo poco que ya me queda!...  
(Mirando alrededor coge el estuche de sobre el ta-  
blero y váse á la puerta de Rufa.)  
Eh! Tía Rufa!...

RUFA. Voy allá!... (Sale.)

JUAN. Señora, en nombre del cielo,  
hágame una caridad!...  
Prestarme cuatro ó seis duros  
por esta caja.

RUFA. Don Juan!... (Asombrada.)

JUAN. Mi estuche de matemáticas,  
(Abriéndole y enseñándole.)  
que vale bastante más.

RUFA. En tal apuro se encuentra? (Cogiendo la caja.)

JUAN. Señora, la enfermedad  
de mi hermana!... Hay que ir corriendo  
á la botica!...

RUFA. Y está  
tan mala?

JUAN. Pronto!...

RUFA. (Devolviéndosele.) El estuche  
se le puede usted guardar.

JUAN. Lo juzga usted insuficiente? (Asustado.)  
Entre en casa y cogerá  
lo que queda!... (Suplicante.)

RUFA. No; no es eso.

Escúcheme usted, don Juan:  
yo nunca he tenido entrañas  
pa la usura y pa sacar  
el corazon, si he podido,  
al vago y al holgazan;  
mas... pa usted... tengo mil duros (Al oído.)  
y se los va usted á llevar! (Con profundo gozo.)

JUAN. Nunca!... Jamás, doña Rufa!...  
Si llega la hora fatal

de tener que morir de hambre,  
valor no me faltará.  
Nunca!...

RUFA.

Chito!... ó se los lleva  
ó le doy tres bofetás!...

(Le coge de las solapas y le arrastra por fuerza á su casa. Salen los vecinos de sus cuartos, reúnen en grupo y cantan al son de las guitarras:)

En la fuente de la Teja  
es preciso merendar,  
pa que vean los usías  
que tenemos calía.  
Por tronar la Liberala  
y poder la fiesta aguar,  
aunque cueste lo que cueste,  
doy tres días de jornal.  
¡Á merendar,  
á merendar!

## ESCENA XVI.

DICHOS, el CHATO detiene en el fondo la marcha de todos.  
Vuelven á primer término; luego JUAN y GLORIA. Música en la orquesta.

CHATO. No se trata de meriendas  
sino de tomar las armas!... (Todos le rodean.)  
Se ha visto echando veneno  
en las cubas llenas de agua  
que hay de repuesto alrededor  
de la fuente Mariblanca,  
á dos muchachos y un fraile!  
¡Así el cólera nos mata!

CORO. Mueran los frailes!...

CHATO.

Sí!... mueran!...

CORO.

Venganza!...

CHATO.

Sí, sí!... Venganza!...

JUAN.

Es una calumnia infame!... (Saliendo.)

Hijos míos, os engañan!... (Queda observando.)

CHATO.

En el café é Lorencini

cien personas lo propalan!...

Venid á oírlos!...

(Váuse las mujeres á sus cuartos.)

CORO DE HOMBRES.                      Sí!... vamos!...

Las navajas! las navajas!...

**MUSICA.**

Coro de hombres avanzando hácia el público con navaja en mano.)

Por barrios y calles

corramos la voz,

y estalle tremenda

venganza feroz.

No quede un convento

ni un fraile bribon!...

Que paguen al punto

su horrible traicion.

CHATO.

Chiton! chiton!

Guardad esas teas

y no alceis la voz,

porque hay salvaguardias

y hay corregior.

Botin y saqueo

ofrezco pa túos,

si no hay un gallina,

si no hay un bocon.

(Guardando las navajas, de modo que al hacerlo suenen los muelles.)

CORO.

Silencio, cachaza,

astucia, valor,

que robo y matanza

el Chato ofreció.

Que no haiga un espia.

que no haiga un collon,

navajas, talegos,

y á naide perdon.

(Váse toda la pillería por la puerta del foro.

(Hablado, con música en la orquesta.)

JUAN. Gloria, corre á la botica.  
(Dándole la receta y el dinero.)  
En tí confío mi hermana.

GLORIA. Y usted?...

JUAN. No puedo!... y Dios quiera,  
al darme en los piés dos alas,  
que Martinez de la Rosa  
logre evitar la matanza!...  
(Váse corriendo. Gloria le sigue.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.





---

## ACTO SEGUNDO.

---

Jardin anchuroso con una balaustrada en el fondo sobre dos ó tres escalones, que deja ver un cielo rojizo á la caída de la tarde. Árboles, macetas y un cenador con mesa dentro á un lado de la escena. Edificio pequeño con puertas y ventanas á un costado. Al otro un pequeño pabellon al fondo, que es el aposento de los niños. Un velador, sillas de hierro, vasos y botella de agua, recado de escribir y una campana colgada de la pared.

### ESCENA PRIMERA.

#### INTRODUCCION MUSICAL.

Despues de un preludio de la orquesta, sale ELENA conduciendo de las manos á los dos niños, y seguida de CARALAMPIA. Los niños elegantemente vestidos, para contrastar con los trajes andrajosos del primer acto. Elena se sienta, quedando un niño en pie á cada lado. Luego el LACAYO y despues coro de criados de ambos sexos.

ELENA.

Venid, hijos míos,  
aquí á reposar,  
despues de esta grata  
comida frugal.  
Venid á mi lado,  
que os voy á contar

un cuento gracioso  
de dulce solaz.

—  
Vió Juanito unas ciruelas  
en un árbol muy hermoso,  
y como era Juan goloso  
arrancarlas intentó.  
Mas le dijo su buen padre  
que aquel árbol era ageno,  
y su fruto un gran veneno  
en las manos de un ladron.

Ya veis, hijos míos,  
lo infame que es  
robar en el mundo  
ni un triste alfiler.

—  
Pasemos á otra cosa,  
pues basta ya de cuento,  
y vamos un momento  
juntitos á jugar.

Aquí las cuatro manos  
de Cármen y Jacinto,

(Las ponen en su falda.)

que quiero, á *pinto-pinto*  
los dedos pellizcar.

—  
*Pinto-pinto*,  
gorgorito,  
saca las vacas  
á veinticinco.

—En qué lugar?

—En Portugal.

—En qué calleja?

—La Moraleja.

—Salta tú, como buena oveja.

—  
(Llega precipitadamente el Lacayo con una carta en  
bandeja de plata.)

LACAYO. Mi señora excelentísima,  
esta carta es urgentísima.

ELENA. Quién la trajo? (Tomándola.)

LACAYO. Doña Gloria,

si nu miente mi memoria. (Vase.)  
ELENA. Oh! qué miro!... temblor siento!...  
Un peligro corre atroz!...  
No perdamos un momento  
en lograr su salvacion.  
Caralampia, estos dos niños  
á su cuarto llévalos.  
CARAL. Vamos, vamos, hijos míos!... (Se los lleva.)  
ELENA. Protegedle, santo Dios!...

(Elena se abalanza á la campana y la toca repetidas veces, hasta que comienzan á presentarse por tandas y sucesivamente los criados de la casa con sus trajes habituales. Doncellas, cocineros, hortelanos, cochero y lacayo, mozos de cuadra, pinches, etc., etc. Variedad pintoresca.)

1.<sup>a</sup> TANDA. Aquí, á su mandato,  
venimos ya toós,  
que usia á rebato  
tocó el esquilon.  
2.<sup>a</sup> TANDA. Qué ocurre, qué pasa?  
aquí estamos toós,  
que en toda la casa  
se oyó el esquilon.

ELENA. Recorred Madrid entero  
sin cesar en todo el dia  
y buscad á Juan García  
y encontrádmeme, por Dios.  
Al que tenga la fortuna  
de traérmele al instante,  
le regalo este brillante  
(Mostrando una sortija.)  
de mil duros de valor.

Coro. En rápido curso  
la pista buscando,  
iremos volando  
por todo Madrid.  
Y á casa vendremos,  
don Juan, por delante  
y el rico brillante

será para mí.  
(Vánse precipitadamente.)

## ESCENA II.

ELENA y CARALAMPIA; al fin el LACAYO.

HAELADG.

CARAL. Gran interés, mi señora,  
muestra por don Juan García.

ELENA. Si cual yo le conocieras,  
tanto ó más le estimarias.

CARAL. Con el gran premio ofrecido  
van á revolver la villa.

ELENA. No descanso hasta tenerle  
aquí, encerrado, á mi vista.

CARAL. (Qué rara es en mi señora,  
afeccion tan repentina!...  
Exploremos!...) Quien la escribe  
tambien da prueba inequívoca  
de tenerle gran cariño.

ELENA. Es verdad: Gloria, la hija  
de esa prendera.

CARAL. Y por cierto  
que la moza es hermosísima.

ELENA. Lo crees así?... (Inquieta.)

CARAL. No hay duda,  
pero sus luces se eclipsan  
al resplandor de la estrella  
que en este palacio brilla.

ELENA. ¡Ay Virgen santa, que peso  
se me ha quitado de encima!  
Hoy mi collar te regalo  
de granates y amatistas.

CARAL. Mi señora me confunde!

ELENA. Tú eres una guapa chica. (La besa.)

CARAL. Mas qué peligros le cercan  
al señor don Juan García?

ELENA. Anteayer, cuando marchaba  
á dar la grave noticia  
á Martinez de la Rosa

de la traicion que se urdia,  
fué cogido por dos hombres;  
pero lo vió una cuadrilla  
de albañiles que le adoran  
y en salvo quedó García.  
Fué corriendo al Buen Suceso,  
á la famosa botica,  
y compró, para su hermana,  
en polvo una medicina.  
Pero viendo que las turbas  
en Mari-Blanca se unian,  
aplacó á la muchedumbre,  
cuando una infame voz grita:  
«Registradle los bolsillos  
»y le encontrareis encima  
»el veneno, que en las cubas,  
»viene á arrojar esta víbora!»  
Todos sobre él se lanzaron;  
le perdió la medicina  
y cuando iban á arrastrarle,  
embriagados de ira,  
la mano de Dios se puso  
entre la muerte y la vida.  
El tribuno Pepe Acosta,  
capitan de la milicia  
urbana, y á cuyo mando  
la guardia estaba ese dia  
del Principal, arrojóse  
con violencia inaudita,  
cargando á la bayoneta,  
y gritando que García  
era un patriota y tambien  
capitan de la milicia.  
Mas sin duda algun malvado  
persistirá todavía  
en un infame designio,  
cuando Gloria me lo avisa.

LACAYO. Mi señora la marquesa,  
el señor don Juan Jarcia. (Váse.)

ELENA. Que pase. Déjanos solos.

(A Caralumpia, que se va.)

Oh, gracias, Virgen Santísima!...

ESCENA III.

ELENA y JUAN.

ELENA. Venga usted!... Me ahoga el contento!  
Respiro tranquila ahora!

JUAN. ¿Mas qué ha ocurrido, señora,  
para tal recibimiento?

ELENA. Lea usted.

JUAN. (Leyendo ) Bien se despacha  
y alarmante es el aviso.

ELENA. Dios aquí traerle quiso!...

JUAN. Visiones de esta muchacha,  
que me quiere con exceso.

ELENA. ¿No se alarma, como yo,  
después de lo que ocurrió  
enfrente del Buen Suceso?

JUAN. Señora, seré prudente,  
mas el miedo es falta inmensa  
que hace incapaz la defensa  
y deshonra al que lo siente.

ELENA. Por un milagro de Dios,  
anteayer salvó su vida.

JUAN. Si una vez fué protegida,  
¿por qué no ha de serlo dos?  
Si de Madrid hoy emigro,  
mi fin por Dios decretado,  
¿piensa usted que habré logrado  
alejarse de mí el peligro?  
No cometiendo deslices  
no saldrá mi postrer día,  
que hago falta todavía  
para muchos infelices.

ELENA. Mi amistad por todo pasa,  
mas solo fio en los buenos;  
en quince días, lo ménos,  
no sale usted de esta casa.

JUAN. ¿Y mi hermana?

ELENA. Qué niñeces!  
Dos doncellas allí están,  
y á verla, señor don Juan,



- iré yo al día dos veces.
- JUAN. Pero...
- ELENA. (Con altanería.) Nada!... No discuto!...  
Obediencia y punto en boca,  
que desde hoy, estar le toca  
bajo mi mando absoluto.
- JUAN. Señora, yo juro á usía... (Muy humilde.)
- ELENA. Deje usted el tratamiento!...
- JUAN. Que hasta la muerte consiento  
en tan dulce tiranía.
- ELENA. Las penas y regocijos  
mézclanse en la vida humana:  
alégrese usted, su hermana  
vivirá para sus hijos.
- JUAN. Y esa noticia dichosa,  
¿quién la asegura en el mundo?...
- ELENA. El ojo experto y profundo  
del gran médico Argumosa.
- JUAN. Tan delicados cariños  
son del ángel que me alienta!...
- ELENA. Qué alegre estoy, qué contenta  
con los dos preciosos niños!...  
Me tienen embelesada!...  
Les voy al punto á dotar, (Él saca el pañuelo.)  
que yo no puedo emplear  
mejor lo que tengo en nada.
- JUAN. Ante tal prueba de afecto!...  
(Llorando y besándola las manos, que ella retira con  
cariño.)
- ELENA. Y en su exámen, ¿qué ha ocurrido?...
- JUAN. Para mayor dicha he sido  
hoy proclamado arquitecto.
- ELENA. Sea en buen hora mil veces!...
- JUAN. He triunfado en la academia!...
- ELENA. Ya ve usted cómo Dios premia  
nuestros dolores con creces.
- JUAN. Mire usted, mire el boceto  
(Extendiendo un rollo sobre el velador.)  
de mi obra de reválida.
- ELENA. Es el germen, la crisálida  
de un gran artista completo.
- JUAN. Lisonja!

- ELENA. Y esto es latino,  
plateresco ú ogival?...
- JUAN. Esto es una catedral  
del género bizantino.
- ELENA. Qué perfiles tan selectos!...  
Basta ver tan gran conjunto,  
para proclamarle al punto,  
honra de los arquitectos.
- JUAN. Esto de un sueño no pasa:  
falta lo más necesario.
- ELENA. El qué?
- JUAN. Hallar un propietario,  
que me encomiende una casa.
- ELENA. Tengo ya el caso resuelto;  
ese obstáculo le quito  
yo con aquel milloncito,  
que su honradez me ha devuelto.
- JUAN. Oh!... gracias, Dios soberano!...
- ELENA. No es favor: justicia sí.  
Quiero hacer, próxima aquí,  
una quinta de verano.
- JUAN. Y con más arte que lujo?...
- ELENA. Haga un croquis sin primor.  
Entre usted en el cenador.
- JUAN. Traigo objetos de dibujo.  
La inspiracion ya me inflama!  
Tengo una brillante idea  
para que la quinta sea  
digna de tan noble dama.  
(Éntrese en el cenador.)

#### ESCENA IV.

ELENA, sola.

#### ROMANZA.

Inquieta el alma mía,  
se agita de temor  
y duda y desconfía,  
temblando si es amor.

La lengua no se atreve  
su nombre á pronunciar,  
que es hijo de la plebe  
y no le debo amar.  
Mas ¡ay! hartó sé  
que en sueños le llamo  
y le amo!... y le amo!...  
cual nunca yo amé!...

Son nobles sus acciones,  
y es necia mi altivez;  
que valen cien blasones  
talento y honradez.  
Por él perdí la calma,  
y en loco frenesí,  
á gritos dice el alma  
«muriendo estoy por tí.»  
Mas ¡ay! hartó sé  
que en sueños le llamo,  
y le amo! le amo!  
cual nunca yo amé!...

## ESCENA V.

ELENA y CIRILO, que la besa en la frente: ella en la mano

### HABLADO.

CIRILO. Dios te guarde, mi pupila.

ELENA. Bien venido, mi tutor.

¿Conque todo está aplacado?

CIRILO. Así parece. (Con furor mal reprimido.)

ELENA. Pues yo

mi piedra tambien he puesto  
en la pacificacion.

Eh fin, hasta la epidemia  
parece que decreció.

CIRILO. Sí, sí: todo ha mejorado  
con el divino favor.

ELENA. Tambien usted habrá tenido  
buena participacion

en aplacar á las turbas.

CIRILO. Yo no levanto la voz  
para decir mis servicios:  
mas ¿quién aquí sino yo  
ha impedido esa matanza  
que hubiera sido un baldon?  
Mi influencia entre los pobres  
ese prodigio logró;  
como siembro beneficios  
el fruto recogí hoy.

ELENA. Entónces gran simpatía  
tendrá por ese señor  
que asesinar intentaron  
allá en la Puerta del Sol.

CIRILO. Ese albañil?... (Con desprecio.)

ELENA. Arquitecto.

CIRILO. Parece un hombre de pró.  
Le han encontrado unos polvos!...

ELENA. Es un jóven de valor  
y de honradez intachable:  
por el bien de la nacion  
expuso anteayer su vida  
y á la paz contribuyó.

CIRILO. (Urge mucho cortar pronto  
las uñas á este leon!)

ELENA. Y no ha muerto por milagro.

CIRILO. Pepe Acosta le salvó.

ELENA. El que en el álbum me puso  
tan bella composicion?

CIRILO. El mismo.

ELENA. Pues ya reúne  
el buen ingenio al valor,  
y de conocerle siento  
impaciencia.

CIRILO. La ocasion  
tendrás cuando se te antoje,  
porque te le traeré yo.

ELENA. Al punto; cuando usted quiera.  
Tiene gran alma!...

CIRILO. Pues hoy.  
(Ella misma se ha entregado!...)

ELENA. ¿Sabe usted, mi buen tutor,

que he probijado dos niños?  
CIRILO. Lo sabia. ¿Y qué razon  
has tenido?... (Muy disgustado.)  
ELENA. Que son pobres;  
que su madre se quedó  
viuda, porque un mal ministro,  
para dar colocacion  
á un sobrino, de veinte años,  
al pobre padre mandó  
á Ultramar, donde se ha muerto;  
hoy, en lecho de dolor,  
yace la viuda indigente;  
y que en medio de este atroz  
cuadro de horribles miserias,  
el hermano y protector  
de la enferma, me ha llamado  
para volverme un millon  
y pico, que en vales reales,  
en el secreto encontró  
de un armario, que ha adquirido  
á una prendera.

CIRILO. Gran Dios!...  
Y quién es el asno?... (Furioso.)

ELENA. Cómo?  
Qué dice usted?...

CIRILO. No, no, no!... (Cortado.)

El alma honrada, que tiene  
semejante abnegacion?

ELENA. El arquitecto, y usted  
quien el armario vendió.

CIRILO. (¡Y yo, que nada sabia!...  
¡Bien merezco esta leccion!...)

ELENA. No extrañará usted ahora  
que dote á los niños.

CIRILO. Oh!...

(Con estupor y abriendo un palmo de boca.)

ELENA. Diez mil duros cada uno,  
no es exceso, y en rigor,  
al cinco por ciento al año,  
dentro de veinte, los dos  
habrán doblado su dote  
y yo mi satisfaccion.

CIRILO. Ese plan es insensato!... (Furioso)

ELENA. ¿Está loco mi tutor?

CIRILO. ¿Y el voto sagrado, hecho  
con plena conciencia á Dios,  
de fundar, á tus espensas,  
el monasterio mejor,  
con hijas de casa noble  
y para la educacion  
de niñas pobres y huérfanos,  
reservándote el honor  
de superiora abadesa,  
en que el Papa consintió?...

ELENA. Huérfana á los quince años  
y siendo usted mi tutor  
y único amparo en el mundo,  
del colegio me sacó,  
para casarme por fuerza,  
sin explorar mi intencion,  
ni conocer el carácter  
del esposo que me dió,  
y abusando cruelmente  
de mi débil posicion.  
Yo no conocia el mundo,  
sino al través del vapor  
de infantiles ilusiones  
y de mi santa oracion!  
En vez de dichas soñadas,  
mi martirio comenzó,  
bajo el poder de un tirano,  
sin alma y sin religion.  
Como nada conocia,  
llegué á pensar, con terror,  
que todos los hombres eran  
como aquel á quien me unió.  
Mi sufrir sin esperanza  
de encontrar la salvacion,  
me arrancaron aquel voto  
y el cielo me libertó.  
Hoy, que veo con sorpresa  
que el mundo es mucho mejor,  
y que hay seres que son dignos  
de profunda estimacion,



el alma se me ha ensanchado,  
anhelo sentir amor  
y borrar tantas desdichas,  
ligada á otro corazon.  
Diga usted si esto es injusto  
y si en ello ofendo á Dios.

CIRILO. Y el juramento?... Y el voto?...  
(Con voz de trueno y alzando los brazos.)

ELENA. ¿Temes tu condenacion?  
Al volver de la Abisinia  
mi sabio tio, el prior,  
todo se lo he confesado.

CIRILO. Y á ver? Qué te contestó?... (Acosándola.)

ELENA. Que el voto y el juramento,  
hechos bajo la presion  
de sufrimientos horribles,  
no tienen ningun valor.

CIRILO. (Esta quiere á Pepe Acosta!...)  
Sí: tambien se sirve á Dios, (Variando el tono.)  
siendo madre de familia:  
y en tu noble posicion,  
viuda jóven y opulenta,  
cercada del esplendor  
de la belleza y la cuna,  
expuesta á persecucion  
continua de pretendientes  
te verás; mas si el prior  
se atreve á alzarte ese voto,  
me callo: aunque en mi opinion,  
debieras ir al pontifice,  
por seguridad mayor.

ELENA. (Yo cortaré ántes que pienses  
tu tenaz obstinacion.)  
Vaya usted por Pepe Acosta.

CIRILO. Ah, picarilla!... Salió (Muy contento.)  
al cabo lo que pensaba!...

ELENA. Esto es una exploracion!... (Riendo.)

CIRILO. Pronto jurar has de verle  
á tus piés, eterno amor!... (Váse.)

ESCENA VI.

ELENA, JUAN, que estaba en acecho con los planos.

MUSICA.

JUAN. Ya, señora mia,  
la obra terminé,  
y desearia  
que agradase á usted.  
La presento el plano  
de la habitacion,  
que trazó mi mano,  
para su mansion.

ELENA. Es usté un modelo  
de amabilidad,  
y pagar anhelo  
tanta actividad.  
Aunque el plano indique  
toda la mansion,  
bueno es que me explique  
su distribucion.

JUAN. Pronto estoy, señora;  
á la explicacion.

ELENA. Pues empiece ahora.

JUAN. Présteme atencion.

(Desarrolla Juan el plano y va señalando en él.)

En medio de un valle,  
risueño y feraz,  
se eleva la quinta,  
de gusto oriental.  
La cercan jardines,  
que sombra la dan,  
y el aire embalsaman  
de aromas y azahar;  
y en nido de amores,  
de encanto y de paz,  
entonan las aves  
su dulce cantar.

ELENA. ¡Ay cuánta poesia!

¡Ay qué sublimidad!...

JUAN. Perdon, si me he excedido.

ELENA.

No, no.

JUAN.

Pues escuchad.

Aquí está la sala,  
lujosa y capaz,  
con mármoles finos  
que la adornarán.  
Aquí un gabinete  
de forma ojival;  
oculto retiro  
del alma será,  
y seda y tapices  
los muros tendrán,  
que todo convide  
á un tierno solaz.  
Á ver, qué os parece,  
señora, mi plan,  
y si algo le ocurre  
que modificar.

ELENA.

Me parece bien pensado  
y es muy bella habitacion,  
aunque usted es un arquitecto  
de la escuela del amor.  
Pero faltan aposentos.

JUAN.

Oh, no tal!... (Turbado estoy!...)  
Aquí están el oratorio,  
la antesala, el tocador...

ELENA.

Dónde está la sala de armas?

JUAN.

Sala de armas?

ELENA.

Por qué no?

Y gimnasio y fumadero.

Sí aquí falta lo mejor!...

JUAN.

Como usted es una señora,  
no creí (¡Válgame Dios!)  
que el florete y el trapecio  
de usted fueran diversion,  
ni que el humo del cigarro...

ELENA.

Yo fumar!... Jesús!... qué horror!...

JUAN.

Pues entónces, yo no atino...

ELENA.

Es muy poco previsor,  
que no siempre he de ser viuda

y no hay cuarto *para dos*.

JUAN. ¡Cielo santo! ¡Ya comprendo!  
ELENA. (¡Qué aprendiz es en amor!...)

JUAN. (Otro amor reina en su pecho!  
Quién será el afortunado,  
que feliz haya logrado  
inspirarla una pasión!  
¡Dulces sueños de ventura,  
no agiteis mi mente loca,  
pues jamás dirá mi boca  
lo que siente el corazón!)

ELENA. (Su cariño me cautiva,  
su modestia me conmueve,  
pobrecillo!... no se atreve  
á decirme su pasión.  
Animarle es necesario,  
que no soy ninguna roca,  
y que al fin diga su boca  
lo que siente el corazón.)

HABLADO.

JUAN. Como sé, con sentimiento,  
la honda pena que la embarga  
al contar la historia amarga  
de su triste casamiento,  
no tuve la menor duda  
en el proyecto que hacia:  
pensé que se proponia  
ser eternamente viuda.

ELENA. Formé un designio devoto,  
en mi desesperacion:  
mas hallé un gran corazón  
y acaso rompa mi voto.

JUAN. Mi admiracion ya consagro  
al que tiene tal poder.  
Mucho debe de valer  
para obrar ese milagro.

ELENA. Tiene mérito, García.

JUAN. Será un apuesto galán

de altivo y noble ademan  
y de ilustre gerarquía.  
Será bondadoso y fino  
y opulento y cortesano;  
y en fin, digno de la mano  
de la Marquesa del Pino.

ELENA. Un poco le falta de eso  
y de maneras pulidas  
y de frases escogidas,  
pero tiene muy buen seso.

JUAN. Pues ya en su opinion abundo.

ELENA. Es un alma pura y bella;  
rara virtud que descuella  
en la corrupcion del mundo.

JUAN. Y su genio?

ELENA. Semejante,  
muy parecido al de usted.

JUAN. De verle tengo hambre y sed.

ELENA. Y yo de verle mi amante.

JUAN. Pues qué, ¿no la corresponde?

ELENA. Si no lo sabe: mas llevo  
á presumir que está ciego.  
cuando á indicios no responde.

JUAN. Novel será en estos lances.

Debiera usted olvidarlo;  
en amor, á no dudarlo,  
tendrá muy pocos alcances.

ELENA. Lo merecia en rigor,  
mas la condicion humana  
es que más crece y se afana,  
ante el desvio, el amor.

JUAN. Desvio?... Y á tanto llega?...

Perdóneme, gran señora,  
si á decir me atrevo ahora,  
que es usted quien está ciega.

ELENA. Yo?... (Sorprendida.)

JUAN. Si: tan bella mujer,  
de atractivo soberano,  
¿no tiene siempre en su mano  
mil recursos de vencer?  
¿Ó es que siente y no medita,  
porque su oculta pasion

- mata su imaginacion  
y sus recursos la quita?...
- ELENA. Con su galante bondad,  
mis prendas tan altas pone  
y tal poder me supone,  
que excede á la realidad.  
Es un hombre sin resabios;  
su cortedad le contiene  
y el respeto que me tiene,  
va á sellar siempre sus labios.  
No dirá esta boca es mia,  
pues conmigo se compara  
y encuentra que nos separa  
la desigual gerarquía.
- JUAN. Tal vez la llegó á querer  
y el miedo su labio sella.  
Es la situacion más bella  
que en amores puede haber.
- ELENA. Pues tal situacion deploro!... (Impaciente.)
- JUAN. Pero usted tiene talento.  
Déle un poquito de aliento.
- ELENA. Mas sin herir mi decoro.
- JUAN. ¿De cuándo acá en la reñida  
guerra de amor cortesana,  
la mujer que siempre gana,  
se va á declarar vencida?
- ELENA. Vencida no: mas no hay modo  
de que me llegue á entender.
- JUAN. ¿Pero usted llegó á poner  
todo su ingenio?
- ELENA. Sí, todo!...  
(Dando un golpe con el pie.)  
No he de cometer deslices,  
que empañar puedan mi nombre.
- JUAN. Pues entónces, no ve ese hombre  
más allá de sus nárices.  
Si su corazon adora  
á un jóven, decirlo sienta,  
de tan corto entendimiento,  
no es digno de usted, señora.  
Quien no sabe adivinarla  
y pierde y no le fascina



ocasion tan peregrina,  
no merece disfrutarla.

ELENA. Eso juzga?... (Desesperada.)

JUAN. Sí; una perla,  
un diamante se merece.  
Siempre Dios la dicha ofrece  
á quien no sabe cogerla.

ELENA. Es verdad!... (Furiosa.)

JUAN. Yo la respeto,  
mas debe elegir mejor.

ELENA. Entre usted en el cenador (Con altivez.)  
y concluya ese hoceto. (Váse Juan.)

## ESCENA VII.

ELENA y CARALAMPIA.

ELENA. Caralampia!... (Tocando un timbre.)

CARAL. Mi señora!...

ELENA. El libro que hoy trajo Irene.

CARAL. Tirso de Molina?

ELENA. El mismo.

CARAL. Está en este taburete. (Dándole.)

ELENA. (Hojeando.) Página setenta: toma,  
para don Juan. Dí que hojee  
de mi parte, dos comedias:  
«*El castigo del pensequé*,»  
y «*Quien calla otorga*.» Añade,  
que así á su salud conviene. (Váse Caralampia.)

## ESCENA VIII.

ELENA, sola.

De amor al abecedario  
ignora su corazon:  
pues que aprenda la leccion  
del gran fraile mercenario.  
Que aunque es del miedo cautivo  
y su lengua el rubor ata

y tiene sangre de horchata,  
le ha de picar en lo vivo. (Vase.)

## ESCENA IX.

Criados de ambos sexos: van saliendo por grupos, según se indica, dando muestras de la mayor fatiga. Despues CARA-LAMPÍA.

### MUSICA.

PRIMER GRUPO DE HOMBRES. (Saliendo.)

Uf!... qué cansancio!...

¡Cuánto sudar,

sin que parezca

ese don Juan!

Dónde demonios

se esconderá?

Uf!... yo me ahogo!...

No puedo más! (Se sientan en el suelo.)

MUJERES. (Saliendo.) Uf!... qué fatiga!...

Dónde estará

ese arquitecto

de Barrabás!

No le encontrasteis? (A ellos.)

PRIMER GRUPO. Ay!... Ojalá!...

MUJERES.

Pues yo no puedo

correr ya más. (Se sientan en el suelo.)

SEGUNDO GRUPO DE HOMBRES. (Saliendo.)

Uf!... qué sofoco

tan infernal!...

¿Han traído al cabo

á ese don Juan?

LOS DEMAS.

No hemos logrado

brujulear!

SEGUNDO GRUPO. Pues yo estoy muerto,

no puedo más! (Tirándose al suelo.)

TODOS.

Es una doble

calamidad,

que doña Elena

va á regañar,

y el que no traiga  
á ese don Juan,  
sin la sortija  
se quedará.

CARAL. ¿Cómo estais aquí tumbados? (Saliendo.)  
Qué descaro tan atroz!...

¿Es manera decorosa  
de cumplir su obligacion?  
CORO. Nos hallamos reventados (Levantándose.)  
de correr trás de un señor,  
de quien nadie nos informa,  
dónde diablos se metió.

CARAL. Qué señor?  
CORO. Don Juan García.

CARAL. Buen papel haceis, por Dios!  
CORO. No hay tal cosa, porque el ama  
á buscarle nos mandó.

CARAL. Pues en tanto que vosotros  
le buscabais con ardor,  
sin que nadie le llamara,  
él aquí se presentó.

CORO. No es posible!

CARAL. Os lo asegura  
Caralampia del Rincon,  
Zorraquino y Ochandiano,  
que jamás os engañó!  
Mas si acaso, majaderos,  
no dais crédito á mi voz,  
preguntad á la persona  
que hay en ese pabellon.

(Señala á Juan y véase.)

MUJERES. ¡Qué estoy viendo!... Si es el mismo!...

(Acercándose á mirar.)

HOMBRES. Si es García!... Vive Dios!...

TODOS. ¡Ya murió nuestra esperanza!...  
Ya el brillante se escapó!...

(Bajan todos al proscenio y se dicen tristemente con  
grandes muestras de sentimiento.)

CORO. Despues de echar los bofes,  
á la carrera,  
quedamos con un palmo  
de boca abierta.

¡Fortuna ingrata!...  
¡Me quitas el diamante  
que yo esperaba!  
Tanto correr,  
tanto sudar  
y ahora tener  
que renegar,  
al ver que aquel brillante  
no viene ya!  
Ah!... Ah!...  
no viene ya!

---

Vivimos trabajando  
con gran congoja,  
en tanto que otros comen  
la sopa boba!  
No hay que cansarse,  
que España es una tierra  
para holgazanes.  
Tanto correr,  
tanto sudar,  
y ahora tener  
que renegar  
al ver que aquel brillante  
no viene ya!  
Ah!... ah!..  
no viene ya!

(Vánse todos lentamente por diversos lados )

## ESCENA X.

### HABLADO.

CIRILO, con un papel en la mano, atraviesa la escena y viene  
á llamar, á derecha, á ELENA que sale.

CIRILO. Marquesita, puedo hablarte? (Gritando.)

ELENA. Allá voy. (Desde dentro.)

CIRILO. Sí!... lo consigo!... (Contento.)

ELENA. Qué ocurre? (Saliendo.)

CIRILO. Vengo á que firmes...

ELENA. ¿Qué he de firmar, don Cirilo?  
(Con impaciencia y paseándose distraída.)

CIRILO. La transacción convenida  
en el pleito de Trujillo.

ELENA. ¿Qué transacción?... (Mirando al cenador.)

CIRILO. No te acuerdas?

ELENA. (Ya está devorando el libro!...  
Pronto le abrirá los ojos!...)

CIRILO. (Restregándose las manos.)  
Pues si hace un mes te lo he dicho.

ELENA. Me he olvidado.

CIRILO. Bien: ya sabes

que encontrándose los títulos  
de propiedad incompletos,  
en transigir convinimos.

ELENA. Quiénes?... (Muy distraída.)

CIRILO. Yo con tus contrarios.

ELENA. Y qué quieren? (De mal humor.)

CIRILO. Con ahínco  
de la ocasión se aprovechan.

Que se subaste el cortijo.

ELENA. (El maestro Gabriel Tellez  
va á sacar un gran discípulo!...)

CIRILO. (Riendo á hurtadillas.)

Ya hay un comprador honrado.

ELENA. Usted?... (Con marcada ironía.)

CIRILO. Yo?... Elena! Un mendigo?...

Y que el precio se divida.

ELENA. Y pierdo un millon y pico?...

CIRILO. Consecuencia de la incuria  
del señor marqués del Pino,  
tu esposo, que en paz descansen.

ELENA. Y que me buscó usted mismo. (Con amargura.)

CIRILO. Bien lo he llorado, hija mía!...

ELENA. (El llanto del cocodrilo!...)

CIRILO. Su criminal abandono,  
dejó perder pergaminos  
y preciosas escrituras.

ELENA. Juzgue Dios sus extravíos  
y olvidemos su memoria. (Con severidad.)

CIRILO. Sí, pero date á partido.

ELENA. (Pues no cesa de moverse!...)

Ya le ha entrado el hormiguillo.)

CIRILO. (Riéndose y refregándose las manos.)  
¿Han de ser tan pingües rentas  
el pasto de cuatro pillos  
y cebo á la baja curia  
para que esto dure un siglo?

ELENA. No, señor.

CIRILO. Pues, lo discreto,  
aun con grandes sacrificios,  
es transigir.

ELENA. Pero dando (Con indignacion.)  
la mitad de lo que es mio?...

CIRILO. Qué remedio?... Si no tienes  
limpios y claros los títulos!..

ELENA. Como de usted el consejo (Con ironía.)  
es útil, mas no le sigo.

(Si ántes pecaba de cándido  
ahora va á pecar de listo!...)

(Mirando al cenader.)

CIRILO. De tres dias acá, Elena,

(Con furia reconcentrada.)

no te conozco. Yo he sido  
no un tutor, más bien un padre  
para tí. ¿Cómo me explico  
que á tu carácter humilde  
y cariñoso y sufrido,  
me lo encuentro transformado  
en arrogante y altivo?...

ELENA. No se extrañe. Suelen verse  
cambios originalísimos! (En chunga.)

CIRILO. Qué quieres decir?... (Alarmado.)

ELENA. (Con calma y regodeo.) Que tengo  
completos todos los títulos,  
que con el millon de vales,  
se han encontrado escondidos  
en ese armario vetusto,  
el que mal vendió usted mismo.

CIRILO. ¡Ira de Dios!...) Y ese mozo, (Furioso.)  
el albañil!...

ELENA. Si, mi amigo!...

CIRILO. (Hay que perder á ese hombre!  
porque si no estoy vencido!...)



- ELENA. Á buscarme á Pepe Acosta,  
(Empujándole y riendo á carcajadas.)  
váyase usted, don Cirilo.  
CIRILO. (Infeliz!... Pronto hará bueno  
Acosta al primer marido!) (Váse.)

## ESCENA XI.

ELENA, á poco JUAN.

- ELENA. Ya no estoy sola en el mundo,  
á merced de un miserable.  
Pero ese hombre impenetrable  
me infunde un terror profundo.  
Sí; su vida es un misterio!...  
Mas Dios me da un defensor,  
que me salve con su amor  
de mi duro cautiverio.  
Don Juan?... (Llamando hácia el cenador.)  
JUAN. (Con el papel en la mano.) Salon de fumar,  
el picadero aquí fuera  
y con piso de madera,  
sala de armas y billar.  
ELENA. Aquí falta alguna cosa:  
un despacho, ¿no repara?...  
Sala de estudio muy clara  
y biblioteca espaciosa.  
Del trabajo compañera  
seré en la casa que hago;  
no he de elegir otro vago,  
sino un hombre de carrera.  
JUAN. Le apruebo el gusto, señora.  
ELENA. Ah!... como tanto he sufrido!...  
La ociosidad siempre ha sido  
de los vicios precursora.  
JUAN. Oigo á usted arrebatado,  
porque yo, incansable obrero,  
de humilde picapedrero,  
á lo que soy he llegado.  
Y es que escuché en la niñez  
á mi padre moribundo:  
«no hay más sendas en el mundo

»que el trabajo y la honradez.»

ELENA. Á un hombre semiperfecto  
quiero fiar mi reposo:  
y pudiera ser mi esposo...  
un pintor... ó un arquitecto.

JUAN. ¿Cómo?... ¿Á un hombre sin fortuna,  
ni perfume cortesano,  
le va usted á dar su mano.  
no obstante su egregia cuna?...

ELENA. El rico que vive á gusto  
y ha sido bien educado,  
tiene mucho adelantado  
para ser un hombre justo.  
Pero el que pobre ha nacido  
y aislado en su juventud,  
necesita gran virtud  
para no ser corrompido.  
Si á la presencia de Dios

vuelan, de frentes difuntas,  
las almas de los dos juntas,  
¿cuál vale más de las dos?...  
JUAN. (Con fuego.) Ahora mi mente divisa  
cuanto su pecho atesora.

ELENA. El hombre que mi alma adora,  
no lo sabe y tengo prisa.  
Vale mucho y da en tener  
de sí tan humilde idea,  
que no hay modo de que crea  
que yo le pueda querer.

JUAN. Pues si sorprende algun día  
ese precioso secreto,  
teniendo á usted tal respeto,  
puede morir de alegría.

ELENA. (Con gozo.) ¿Luego usted piensa que mata  
de una pasión la violencia?

JUAN. Como siento con vehemencia,  
no hallo mi idea insensata.

ELENA. ¿Y en todo es vehemente?...

JUAN. En todo.

Mi amor fuera un huracán!...

ELENA. Me da usted miedo, don Juan!... (Ironía.)

JUAN. No sé sentir de otro modo.

- ELENA. Amor no ha de ser tan brusco.
- JUAN. (Con calor.) El amor es, gran señora,  
morir por la que se adora!...
- ELENA. (Con alegría.) (Este es el hombre que busco!...)  
Corazon tan cariñoso,  
hará feliz á cualquiera  
que elija por compañera.
- JUAN. Pues nunca seré dichoso.
- ELENA. Por qué?... (Con inquietud.)
- JUAN. Porque á grande altura,  
queriendo subir á saltos,  
puse los ojos tan altos,  
que mi ambicion es locura.  
La cumbre hallé conquistada  
por quien tuvo mejor sino  
y á la mitad del camino,  
pensé que...
- ELENA. (Con altivez.) No pensó nada!..  
Dios mandó en sus leyes pías,  
para los que bien se amasen,  
que en amor se nivelasen  
los rangos y gerarquías.  
Tan libre soy como el viento  
y á nadie debo dar cuenta.
- JUAN. ¡Feliz el que usted consienta  
vivir en su pensamiento!... (Con fuego.)
- ELENA. Mas no el que de tonto peque  
y ocasion deje perder:  
que viniera á merecer  
*el castigo del penaseque.*
- JUAN. Pues ya callar no me mande,  
ni me acuse atrevimientos,  
si Dios, por mis sufrimientos,  
me otorga premio tan grande.  
Con el alma henchida y llena  
del amor más sacrosanto,  
á sus piés, deshecho en llanto, (Se arrodilla.)  
juro que la adoro, Elena!...
- ELENA. (Gracias á Dios!...) (Con alegría mirando al cielo.)

## ESCENA XII.

DICHOS y CARALAMPIA.

- CARAL. Ay!... Perdóneme  
vuecencia por presentarme.
- ELENA. (Enfadada.) ¿Y quién te ha dado permiso  
para venir sin llamarte?
- JUAN. Vamos, yo ruego por ella,  
que hoy no es posible enfadarse.
- CARAL. El señor don José Acosta  
está esperando.
- ELENA. (Con alegría.) Que pase.  
(Ahora le pico los celos  
y le pongo como un guante!...)  
Déjenos y allí concluya  
el cróquis en lo que falte.  
Es un pretendiente y debo  
recibirle y contestarle.
- JUAN. Un pretendiente, señora?... (Alarmado.)
- ELENA. Tengo muchos!... Oiga y calle.  
(Váse Juan escamado al cenador.)  
Ingenio y coquetería,  
pronto venid á auxiliarme!...

## ESCENA XIII.

ELENA y PEPE ACOSTA, JUAN, en el cenador.

- PEPE. Á la señora marquesa  
beso los piés. (Desde el fondo.)
- ELENA. Adelante. (Ofreciéndole una silla.)
- PEPE. Y vengo á tomar sus órdenes,  
muy honrado en que me llame,  
pues el gusto de servirla,  
fuera mi placer más grande.
- ELENA. Servidores no merezco  
de tan altas cualidades.
- PEPE. Emperadores y reyes,  
en servirla bien honránse,  
cuanto ni más un tribuno

- humilde, que el pueblo aplaude.
- ELENA. Gústale al señor Acosta  
hiperbólicos donaires.
- JUAN. (Siento deberle la vida  
á este orador retumbante.)
- PEPE. La virtud y la hermosura,  
no hay poder que no avasallen.
- ELENA. Incienso tan excesivo,  
temo que llegue á asfixiarme.
- PEPE. Está demasiado alta,  
para que el humo la alcance.
- JUAN. (Ya me sube á las narices  
el humo de este danzante.)
- ELENA. Su valor y su heroísmo,  
han salvado, hace tres tardes,  
á un predicador del bien,  
cuando ya iban á matarle.  
Y como *le quiero un poco*, (Con intencion.)  
quien le salvó, en adelante,  
de cuanto yo pueda y valga,  
dispondrá, si así le place.
- JUAN. (Dice que un poco me quiere:  
pues un poco no es bastante.)
- PEPE. Yo he cumplido un deber solo  
y ese premio inestimable,  
no merezco.
- ELENA. Gran idea  
tenía de su carácter,  
mas la realidad excede  
á pinturas amigables.
- PEPE. Usted es muy bondadosa:  
yo tengo amigos leales,  
que ven con lentes de aumento  
cuanto á mi persona atañe.

#### ESCENA XIV.

DICHOS, el LACAYO.

- LACAYO. Mi señora excelentísima,  
comienza á escucharse un ruido  
muy lejano pur las calles,

y andan partidas de pillus  
cun armas, y las personas  
que llegan á este edificio,  
dicen que Madriz nu tiene  
buena cara, pur lu vistu.

TODOS. Á ver?... Á ver?... (Yendo al fondo.)

LACAYO. Mas sabremus,  
que aquí llega Dun Cirilu.

### ESCENA XV.

DICHOS, D. CIRILO, agitado.

Vase el Lacayo á una seña de Elena.

CIRILO. En tan críticos momentos,  
nada el gobierno dispone.

ELENA. Pues qué, ¿posible aun supone (Alarmada.)  
un asalto á los conventos?...

CIRILO. No voy tan lejos, señora.

ELENA. Si algo á mi tío le pasa!...

CIRILO. Que se ampare en esta casa,  
por prudencia, pero ahora.

ELENA. Sus palabras son crueles!

JUAN. ¿Quiere que le de un aviso?... (Á Elena.)

CIRILO. Que ponga en salvo es preciso  
su persona y sus papeles.

ELENA. El cielo hará que no muera!

CIRILO. Tú no sabes el valor  
de la vida del prior  
para la nacion entera.

JUAN. Ya nos hallamos ansiosos  
del secreto que atesora!

PEPE. Don Cirilo, esta no es hora  
de misterios tenebrosos.

CIRILO. En su celda oculto encierra (Con misterio.)  
el prior de ese convento,  
un precioso documento,  
que puede acabar la guerra.

ELENA. ¿Y qué contiene ese arcano?

CIRILO. Una soberana ley:  
un codicilo del Rey,



- legando el trono á su hermano.  
PEPE. Y su hija?...  
CIRILO. Será rota  
la diadema que ha ceñido.  
El rey firmó cohibido  
por doña Luisa Carlota.  
JUAN. Contra el pueblo desbordado,  
daré mi postrer aliento,  
en el umbral de un convento.  
PEPE. Y yo moriré á su lado!...  
(D. Cirilo se pasea furioso y agita el pañuelo blanco,  
en la balaustrada del fondo, fingiendo abanicarse.)  
ELENA. Si con su valor reprimen  
la ciega plebe homicida,  
Dios velará por la vida  
de los que atajen el crimen.  
CIRILO. (No aguardo más!... Llamo al chico!...)  
ELENA. ¿Por qué esa agitacion loca?  
CIRILO. Es que el calor me sofoca  
y el pañuelo es mi abanico.

## ESCENA XVI.

DICHOS, luego CARALAMPÍA y doncellas de Elena; en seguida el CHATO y turba de pillos desarrapados, que escalan la balaustrada del fondo armados de trabucos y navajas: despues LUIS, SERAFIN, GLORIA y la LIBERALA. El cielo va nubándose progresivamente durante este final, dejando ver de cuando en cuando las señales de una tempestad, que estalla furiosamente á la conclusion del acto. Á su tiempo, el LACAYO que asoma á la ventana y apanta con una escopeta.

### MUSICA.

- EL CHATO y CORO DE HOMBRES. (Dentro, á lo lejos.)  
¡Que muera Juan García!  
¡que muera ese traidor,  
que el agua de las fuentes  
villano envenenó!  
ELENA. Paréceme que escucho  
fatídico rumor!  
¿Qué es esto, don Cirilo?

CIRILO. Es la revolucion.

ELENA. ¡Dios santo!... pero un nombre  
se escucha entre el fragor!...  
¡Quizá de mis sentidos  
será fascinacion!

CARALAMPIA y CORO DE DONCELLAS. (Saliendo muy agi-  
tadas.)

¡Señora, turba infame  
la casa acometió,  
y luchan los criados  
con ella en el porton:  
huyamos, porque quiere,  
con impetu feroz,  
matar á Juan García  
por envenenador!

PEPE. (Á Juan.) Ocúltese al momento!

ELENA. (Id.) Escóndase, por Dios!

JUAN. (Tranquilo.) Así confirmaria  
su infame acusacion!

ELENA. Ocúltese al instante!

JUAN. No temo su furor.  
El criminal se oculta,  
el inocente no!

CHATO y PILLOS. (Asomando por la balaustrada.)

¡Que muera Juan García!

ELENA, CARALAMPIA y DONCELLAS. (Con grito y retirán-  
dose.)

¡Dios mio, compasion!

PEPE. (Á ellas.) No tiemblen, que á su lado  
aquí me encuentro yo!

CHATO y PILLOS. (Saltando.)

¡Que muera ese tunante,  
que muera ese traidor,  
que el agua de las fuentes  
villano envenenó!

PEPE. (Colocándose delante de Juan y apuntando á los  
pillos con un par de pistolas que saca de la levita.)

Atrás, miserables!  
ó doy muerte á dos!

CHATO. Señor Pepe Acosta,  
dejad al bribon,  
que muera

PILLOS. ¡Qué muera!

ELENA. ((Interponiéndose.))

¡En nombre de Dios,  
no hagáis un delito  
que no halla perdón!

CHATO. ¡Atrás, ó hago fuego!

LACAYO. (Asomándose y apuntando con su escopeta.)

Lu que es esu, no!  
que parapetadu  
detrás de un culchon,  
te saltu el celebru,  
y Juan nunca erró.

LUIS y SERAFIN. (Saliendo con pistolas.)

Tambien en su ayuda  
venimos los dos.

GLORIA y la LIBERALA. (Saliendo.)

¡Qué es esto, manolos!  
Tendriais valor  
en ir contra uno  
mas de un batallon!

PILLOS. ¡Afuera mujeres!

CHATO. (Á ellas.) ¡Atrás, voto á brios,  
ó mueren ya todos  
sin más dilacion!

ELENA y TODAS LAS MUJERES. (Gritando.)

¡Socorro!

CHATO y PILLOS. (En actitud de arremeter.)

¡Qué mueran!

PEPE, LUIS, SERAFIN y el LACAYO. (Apuntándoles.)

¡Canalla feroz!  
Venid.

JUAN. (Interponiéndose y con voz de trueno.)

Deteneos!  
y oid por favor.  
De infame calumnia  
la víctima soy:  
lo juro invocando  
las iras de Dios.  
Mas si hay quien lo dude,  
que salga veloz  
y clave en mi pecho  
su acero traidor!

(Presentando resueltamente su pecho.)  
CHATO y PILLOS. (Parece al oírle (Entre sí.)  
que tiene razon.)  
(Momento de estupor general.)

CONCERTANTE.

JUAN. (¡Tantas penas y congojas  
por guardar mi limpio honor;  
para verle mancillado  
con calumnia tan atroz!  
Justo cielo, que contemplas  
tan horrible acusacion,  
lanza el rayo de tus iras  
contra el vil calumniador!)

ELENA. (En el alma enamorada  
suena el eco de su voz,  
y al mirar tanta nobleza  
crece el fuego del amor.  
¡Justo cielo, que contemplas  
la terrible acusacion,  
lanza el rayo de tus iras  
contra el vil calumniador!)

GLOBIA, LIBERALA, LUIS, SERAFIN, PEPE, CARALAMPÍA  
y CORO DE MUJERES.  
(Sólo al verlo se comprende  
que sin mancha está su honor,  
y las almas se conmueven  
al acento de su voz.  
¡Justo cielo, que contemplas  
tan terrible acusacion,  
lanza el rayo de tus iras  
contra el vil calumniador!)

CIRILO y el CHATO. (Cada uno para sí.)  
(Con arranque tan valiente  
á las turbas aplacó.  
¡No haga el diablo que se vuelvan  
al acento de su voz!  
Que si al fin se descubriera  
que yo fui calumniador,  
de seguro no librara

de su fiera indignacion.)

CORO DE PILLOS.

(Yo no sé lo que me pasa,  
contemplando su valor,  
que á pesar de mi coraje,  
no me atrevo á alzar la voz.  
Voy temiendo que si es falsa  
la terrible acusacion,  
sobre mí descargue el cielo  
algun rayo vengador!)

CHATO. (Reponiéndose.)

Ya basta de pamemas!  
Yo sé que es la verdad:  
que Juan con unos polvos,  
nos iba á envenenar.

Allá en la Mariblanca,  
probóse su verdad  
y á no ser por la guardia,  
perdido estaba ya.

JUAN. Compré una medicina,  
sencilla por demas,  
que fué para mi hermana  
y aquí la prueba está.

(Saca un papel de polvos.)

CHATO. ¡Mentira! que es veneno,  
y grande cantidad  
llevaba en su bolsillo.

PILLOS. ¡Que muera ese truhan!

ELENA. (Á las doncellas.)

Llamad á mis criados!

CHATO. (Con cinismo, enseñando una llave.)  
Inútil es llamar:  
los tengo yo encerrados,  
con llave, en el zaguán!

TODAS LAS MUJERES, PEPE, LUIS y SERAFIN.  
¡Qué audacia!

JUAN. (Al Chato.) ¡Miserable!

CHATO. Si no es un criminal,  
que venga al Buen Suceso  
y allí lo probará.

PILLOS. Que venga, sí, partamos!

ELENA. (Ap. á Juan.) Por Cristo que no irá,  
porque esos miserables  
le van á asesinar!

JUAN. (Á ellos.) Yo puedo mi inocencia  
aquí mismo probar.  
Miradme bien!...

TODOS. ¿Qué intenta?

JUAN. Los polvos aquí están.

(Echándolos en un vaso de agua que hay sobre el  
velador.)

Tambien los que vosotros,  
con ánimo infernal,  
en este otro bolsillo  
hicísteis deslizar.

(Saca otros polvos del pantalon y los echa tambien  
en el vaso revolviéndolos todos.)

Sí en ellos hay veneno,  
la muerte me darán.

(Va á beber y Elena le detiene.)

ELENA. ¡Dios santo! No los beba!...  
Si fuesen...

JUAN. (Con resolucion.) ¡Qué más da!...  
mi honor es lo primero  
y Dios me salvará. (Bebe.)

CHATO y PILLOS. Pues vamos corriendo,  
que si es inocente,  
la prueba patente  
su vida será;

y si es un malvado,  
ya lleva en el seno  
su propio veneno,  
que le ha de matar.

JUAN. (¡Oh Dios poderoso,  
que ves mi tormento,  
aplaca un momento  
mi triste penar:

que salga yo honrado  
de trance tan fuerte  
y luego la muerte,  
si quieres me das!)

ELENA. (¡Oh santos del cielo,



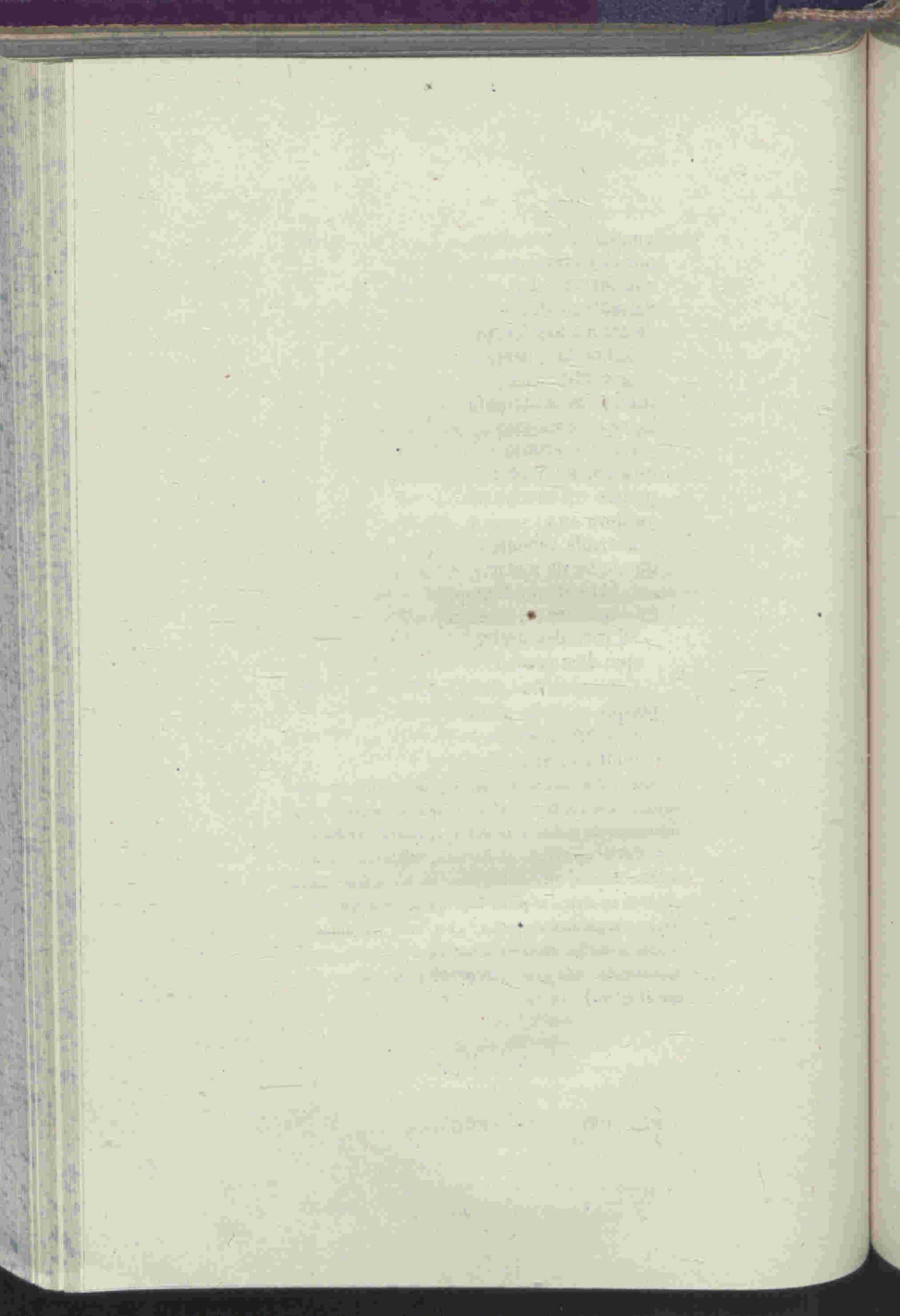
guardad al que adoro,  
por él os imploro,  
con fervido afán.  
Salvadle piadosos  
de trance tan fuerte  
y dadme la muerte  
si vida le dais.)

CIRILO. (Con gozo mi triunfo  
logré de ese tonto  
y veo que pronto  
estorbos no habrá;  
porque ese menguado  
ya lleva en el seno  
horrible veneno,  
que le ha de matar.)

TODOS los demas. (Al ver que tranquilo  
este hombre se muestra,  
su cara demuestra  
que dice verdad.  
Corramos tras ellos,  
porque es mala gente  
y al pobre inocente  
pudieran matar.)

(Vanse todos menos Elena, que se arrodilla y reza  
enjugandose las lágrimas: la tempestad arrecia y un  
relámpago la asusta y se cubre el rostro con las ma-  
nos. Cirilo asomando á un lado, agita un pañuelo  
blanco. Suenan gritos ahogados de los niños. Elena  
asustada se dirige al pabellon; un bandido sale y la  
pone dos pistolas al pecho; otro saca los niños en  
brazos ó de las manos y desaparece con ellos por la  
balaustrada: ella grita ¡socorro! y cae desmayada:  
cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



---

## ACTO TERCERO.

---

Portería de un convento de frailes, en Madrid. Decoración blanca, sin arte alguno. Desde el proscenio hasta el muro de fondo de la escena, hay tres partes diferentes; la más cercana al público es la portería, propiamente dicha, con un arco practicable á un lado y una puerta al otro, que da á clausura. La segunda parte es el vestíbulo, con tres arcos á la portería y una verja al fondo, que da á la calle, donde transita la gente y se ven casas en último término.

### ESCENA PRIMERA.

#### INTRODUCCION MUSICAL.

En el vestíbulo, cinco pabellones de fusiles y dos centinelas paseándose. PEPE, capitán de urbanos; LUIS, teniente; SERAFIN, alférez; sentados á un lado, leyendo el primero el *Eco del Comercio*. Coro de urbanos en traje de verano. Entre ellos dos sargentos y dos cabos. Prestan la mayor atención á lo que lee el capitán, estando colocados en grupos y semicírculo pintoresco. El CHATO, mozo de la compañía, vestido de chulo y con gorra de cuartel, de medio lado y echada atrás, á lo matón. Una mesita en primer término, con recado de escribir. Bancos y sillas. Pila de agua bendita. Carteles devotos.

PEPE. *El Eco del Comercio*  
nos da esta relacion.  
CORO. Pues siga la lectura,

presteimos atencion.

PEPE. (Leyendo.) De pronto se ha esparcido  
el súbito rumor,  
de que en Madrid los frailes,  
sirviendo á la faccion,  
y para que las Córtes  
no dejen oír su voz  
el día veinticuatro,  
segun se decretó,  
hicieron de las aguas  
veneno asolador,  
y así tal incremento  
el cólera tomó.

CORO. Calumnias insensatas  
del bando servilon,  
que nuestras libertades  
quitarnos intentó.

PEPE. Primero en San Isidro  
y luego en la Merced  
y en San Francisco el Grande  
y en San Martín despues,  
han muerto más de ciento,  
cien hijos de la fe,  
vilmente asesinados,  
del mismo altar al pie,  
por hordas poseidas  
de loca embriaguez,  
que nada han respetado,  
ni religion, ni ley.

CORO. Oprobio y vilipendio  
á todo criminal,  
que así deshonra infame  
la España liberal.

PEPE. Y allí no ha parecido  
ninguna autoridad,  
ninguna fuerza pública,  
civil ó militar;  
tan sólo mereciendo  
los nombres recordar  
de Abrantes, Casa-Irujo,  
y de Espinardo á más;  
que duques y marqueses,

en día tan fatal,  
valientes arrojando  
la furia popular,  
con bravos escuadrones  
de urbanos, enfrenar  
lograron los desmanes  
de plebe criminal. (Cesa la lectura.)  
Honor á la nobleza  
tan brava y tan leal,  
que vuelve por la honra  
del bando liberal.

CORO.

LUIS, SERAFIN y CORO. No dice más?

PEPE. No dice más?  
Oid la consigna.  
que os voy á dar.

(Bajan al prosenio y los urbanos le rodean.)

PEPE. Si este convento que custodiamos  
la turba infame quiere asaltar,  
ántes que ponga dentro su planta,  
la sangre nuestra debemos dar.  
¡Ánimo fuerte contra el malvado  
que estos umbrales quiera pisar:  
no toleremos que se deshonre  
nuestra bandera de libertad!

LUIS, SERAFIN y CORO.

Si este convento que custodiamos  
la turba infame quiere asaltar,  
ántes que ponga dentro su planta,  
la sangre nuestra debemos dar.  
¡Ánimo fuerte contra el malvado  
que estos umbrales quiera pisar:  
no toleremos que se deshonre  
nuestra bandera de libertad!

(Cesa la música.)

(Sepáranse los urbanos por pequeños grupos y váanse  
hacia los pabellones. El Chato, que ha estado pa-  
seándose con impaciencia, por el fondo, durante la  
escena anterior, se aproxima al capitán y al teniente  
y empieza el diálogo.)

## ESCENA II.

CHATO, PEPE, LUIS y SERAFIN.

### HABLADO.

- CHATO. ¿Qué bien viene, cabayeros,  
este sermón de moral  
con los discursos que echaban  
en Lorencini y ayá  
en el Príncipe, en el Nuevo  
y en toitas las demas  
habladurías patrióticas?
- PEPE. ¿Qué nos quieres recordar?
- CHATO. ¿Tiene culpa el probe pueblo  
si hace alguna atrocidad,  
cuando en los clubs y periódicos  
dicen los que saben más,  
que si el gobierno no cumple  
la ley con el criminal,  
puede el pueblo, por su mano,  
hacer justicia ejemplar?  
Si los sabios eso dicen,  
los inorantes, ¿qué harán?  
Los mandones que consienten  
que el pueblo afile el puñal,  
tienen que ser los primeros  
que á su punta han de acabar.
- PEPE. Si en vez de echarte á político  
sin conocer ni aun la *a*,  
siguieras con tus colchones,  
buscándote honrado pan,  
ganaría un alma el cielo  
y un hombre la sociedad.
- CHATO. ¿Por qué no toman pa ustedes  
esa lección de moral?
- PEPE. Mira, vete de mi vista!  
(Yendo á él; Luis le detiene.)
- CHATO. Lo que veo es que don Juan  
ha hecho de dos calaveras  
hombres de formalidad.
- PEPE. No lo niego; tiene un alma,



que cuanto llega á tocar,  
lo ennoblece y purifica  
con su ingénita bondad.

SERAFIN. Si por mi empleo maldito,  
viuda se vino á quedar  
la hermana del arquitecto,  
con dos huérfanos á más;  
por eso corri á salvarle  
de la turba criminal:  
y á la madre y á los niños,  
nunca ha de faltarles pan,  
y hasta verteré mi sangre  
por poderlos rescatar.

LUIS. Ese lenguaje te honra. (Dándole la mano.)

PEPE. Ya eres un mozo cabal. (Idem.)

LUIS. De los niños olvidado,  
para ser el capitán  
de milicianos, le he visto,  
con santa tranquilidad,  
exponer su noble pecho  
entre el fusil ó el puñal  
y los monjes de rodillas,  
orando al pie del altar.

PEPE. ¿Ves que á pesar de tus polvos  
sano y salvo se halla Juan?

CHATO. ¿Tan perverso me suponen?

LUIS. Tú de todo eres capaz!...

CHATO. (Yo le daré al boticario  
un tiento, por engañar!...) (Váse.)

### ESCENA III.

PEPE, LUIS, SERAFIN. Pausa.

PEPE. Con nuestra ciencia, harto mezquina,  
y el necio orgullo de perorar,  
hemos llevado casi á la ruina,  
en nuestra patria, la libertad.

LUIS. Este es el pueblo, que soberano  
nuestros discursos le hacen creer;  
ánten de abrirle tanto la mano,  
el catecismo debe aprender.

SERAFIN. Pues para colmo de nuestros males,  
dan cien tribunos en proclamar,  
que los que ignoran aun las vocales,  
como los sabios deben votar.

PEPE. Tiembla ante el día que en nuestra España  
tal despropósito llegues á ver,  
que hay poco grano, mucha cizaña  
y nunca el mando tendrá el saber.  
Si al hombre rudo no le transforma  
el alfabeto, la religion,  
tan sólo de hombre tiene la forma,  
pero no el alma ni el corazón.

#### ESCENA IV.

DICHOS, GLORIA, y la LIBERALA, aparecen por la verja, con mantillas de franja, muy rumbosas, y cestas al brazo, llenas de comestibles y botellas, cubiertas con pañuelos de seda.

#### MUSICA.

GLORIA y LIB. Salud á los valientes  
urbanos, que aquí están  
guardando de asesinos  
á la comunidad.

CORO. Que vivan las manolas  
de rumbo y calidad  
y piés, que por mirarlos  
nos hacen tropezar.

GLORIA y LIB. (Enseñando las botellas.)  
Pa toa la compañía  
traemos mostagan.

CORO. Iguala á su hermosura  
su generosidad.

PEPE. Estás muy guapa, Gloria!

LUIS. Y tú tambien lo estás. (Á la Liberala.)

GLORIA y LIB. Como es día de tiros,  
venimos á pasar  
con estos dos piratas  
un rato de solaz.

PEPE y LUIS. Bendita sea la idea  
que os ha traído acá,  
á distraer la murria

- y el tédio á desterrar.  
GLORIA y LIB. Pues vamos al refresco  
y no haya penas ya.  
CORO. Que cante la tirana  
de nuestro capitán.  
GLORIA. Qué canto?...
- CORO. Seguidillas.  
GLORIA. No me hago de rogar.  
CORO. Bendita boca de oro!...
- GLORIA. Señores, allá va!...
- GLORIA. Pá urbanos cazadores  
de chispa y rumbo,  
con charreteras verdes  
y melenúos,  
quiere el destino  
que guarden las manolas  
su fiel pechito.
- PEPE, LUIS, SERAFIN y CORO. Yo soy cazador,  
tengo buen fusil,  
pero con tu voz,  
me has cazado á mí.  
Viva la manola!...
- Viva!..  
que es gloria de Madrid!
- GLORIA y LIB. Si eres cazador,  
guárdate el fusil,  
puesto que con él  
no se caza aquí;  
y el que á la manola  
cace,  
debe ser galopin.
- GLORIA. De Lavapiés la plaza  
nacer me ha visto,  
y en el gran San Lorenzo,  
fué mi bautizo.  
¡Alce pa arriba  
la que me eche la pata  
en sangre limpia.
- CORO. Yo soy cazador, etc.
- GLORIA y LIB. Si eres cazador, etc.
-

ESCENA V.

DICHOS y CIRILO, que llama aparte á PEPE. Las dos manolass se retiran al fondo con los URBANOS, á quienes dan las botellas de vino, que corren de mano en mano. GLORIA, escamada con el cuchicheo de PEPE y CIRILO, los mira con recelo, durante la escena, trata de acercarse algo á escuchar, y al oír el nombre de ELENA, da muestras de inquietud é impaciencia.

HABLADO.

CIRILO. Con urgencia vengo á verte.

PEPE. Pues hablemos aquí, á un lado.

CIRILO. ¿Quieres ser un potentado?

En mi mano está tu suerte.

PEPE. ¿No habrá nada deshonesto,  
ó que imprima un sello vil?

CIRILO. ¿De cuándo acá, ese albañil  
te ha hecho tan escrupuloso?

PEPE. Pues al grano.

CIRILO. Que oigas quiero.

Al salir de misa ayer,  
ví, en la confusion, caer  
una carta en mi sombrero.  
Nunca fuera á San Gerónimo:  
de los dos niños se hablaba  
y á horrible precio tasaba  
sus vidas, aquel anónimo.  
Después de rudo combate,  
en un documento, Elena,  
hoy cedió, de angustia llena,  
sus bienes por el rescate.  
Por aviso de otra pluma,  
ya sospecho donde están  
y que se rescatarán  
por la mitad de esa suma.  
Eres un gallardo chico;  
las horas pobres son largas,  
tú de los niños te encargas,  
los entregas y eres rico.  
Y hago partes un tesoro,  
entre lágrimas robado  
y soy el mayor malvado

PEPE.

por unos doblones de oro.  
Aquí, en resúmen, lo cierto  
es encontrarse, al final,  
una causa criminal  
y usted quiere echarme el muerto.

CIRILO. Tu injurioso labio sella,  
si no ves, en tu arrebatado,  
que podrias, insensato,  
hasta casarte con ella.

PEPE. Si usted con prisa notoria  
excitóme la alicion  
á Elena, por ambicion,  
ya no adoro más que á Gloria.  
Ser honrado y pobre elijo:  
y lo infame es que se asombre  
usted, don Cirilo, ¡el hombre  
que arruinó al padre y al hijo!...

CIRILO. Voy á hacer una oracion,  
por tí, con ferviente anhelo.

PEPE. Vaya usted á ver si el cielo  
le toca en el corazon.

CIRILO. Si en el convento hay desmanes,  
nadar guardando el capote:  
no hagas aquí el don Quijote  
de esta legion de holgazanes.

PEPE. ¿Y consejos tan odiosos  
se atreve usted á darme al fin?  
El carlista paladin  
de los pobres religiosos?

CIRILO. Cristino por conveniencia,  
tambien suelo ser carlista.

PEPE. ¡Quítese usted de mi vista,  
que me falta la paciencia!  
(Furioso y echando mano al sable: Cirilo huye.)

## ESCENA VI.

PEPE, GLORIA, la LIBERALA y LUIS, que se acercan á  
primer término.

GLORIA. Si en limpio no saqué náa, (Enfadada.)  
aquí de Elena se ha hablao,



y tú, Pepe, estás chalao  
por la usía remilgáa.

PEPE. Te equivocas, Gloria mia: (Con cariño.)  
tu madre es quien me desprecia,  
por pobre, queriendo, necia,  
casarte con Juan García.

GLORIA. Pediste á Elena su mano!...

PEPE. Sí, por tu madre ofendido,  
pero no porque te olvido.

GLORIA. Mas querer á otra, no es llano.

PEPE. ¿Y escribir á la marquesa  
el peligro de don Juan?

GLORIA. Cuando á asesinarle van,  
¿quién por él no se interesa?  
¿No le salvaste la vida?  
¿no me has dado tú el ejemplo?  
Mi corazon es un templo  
en donde un ingrato anida.  
Si hacerte probe Dios quiso,  
más he de amarte y con creces.

PEPE. Gloria mia!... (Cogiéndola la cintura.)

GLORIA. No mereces  
(Rechazándole con dulzura.)

ni aun besar donde yo piso.

PEPE. Tú eres rica y yo no quiero!...

GLORIA. No me insultes más, por Dios!

LIB. En queriéndooos bien los dos,  
¿qué os importa el mundo entero?

GLORIA. Sabiendo lo que nos pasa  
la marquesa, me ha ofrecio  
darte un empleo lucio  
y hasta vivir en su casa.

LIB. Qué alma tiene su excelencia!...

GLORIA. En tu nombre he rehusao,  
porque yo tengo sobrao  
pa que vivas con decencia.  
Se acabaron tus apuros!...  
Te he compraao, pa quedar harta,  
un gaban de piel de marta,  
que vale quinientos duros.  
LIB. Pues al mio atrás no dejo.  
Fundaré un papel político,



pa que mi poeta y crítico  
se nutra y llene el pellejo.  
Él es mordaz y valiente  
y yo regulacionaria:  
partimos: yo la empresaria  
y él menistro ó intendente.

LUIS. Mirad, recorred Madrid,  
por si hay alguna noticia,  
porque importa á la milicia  
sorprender cualquiera ardid.

LIB. Pues á dar güelta á noria,  
con noticia güena ó mala.

LUIS. Que viva mi Liberala!...

PEPE. Que Dios bendiga á mi Gloria!...  
(Váanse Gloria y la Liberala.)

## ESCENA VII.

PEPE, LUIS, SERAFIN y los URBANOS.

PEPE. Aquí, señores urbanos. (Llegan.)

SERAFIN. El capitan, ¿qué nos manda?

PEPE. Que redoblen es preciso  
la continua vigilancia  
y que no entre alma viviente,  
sin mi órden precisa y clara.

LUIS. Temes algo?

PEPE. Luis, no quiero  
que en tan graves circunstancias,  
nos coja desprevenidos  
una traidora emboscada,  
que todo suceder puede  
habiendo gente tan mala.

SERAFIN. Mi capitan, tengo oido  
que una senda subterránea  
comunica este convento  
con otro, y, si por desgracia,  
las turbas nos sorprendieran...

PEPE. Yo no creo esas patrañas.

LUIS. Pues aquí hay una gran losa  
con dos argollas clavadas.

TODOS. Es verdad!... (Mirando.)

PEPE. Y está movida.

CHATO. Yo sé la cosa más clara.

LUIS. Cuéntalo.

CHATO. Los frailes cómodos,  
pa tener muy fresca el agua,  
mandaron á Juan García  
que les hiciera una balsa,  
debajo del patio grande.

SERAFIN. Y entónces quedó cortada  
la galería que digo.

CHATO. Esa escalera va al agua.

LUIS. Un algibe!... una cisterna!...  
Con cuánto mimo se tratan!

PEPE. Ahora vamos á saberlo:  
que han invitado á la guardia  
á asistir al refectorio  
y en amigable compañía,  
almorzaremos con ellos.

SERAFIN. Oh comilona eclesiástica!...

LUIS. Qué festín!... Ya me relamo!... (Lo hace.)

PEPE. La señal de la campana! (Suena.)

MUSICA.

CORO. Oh qué contraste tan delicioso  
frailes y urbanos vamos á hacer:  
ellos con cráneo limpio y lustroso,  
nuestras melenas casi á los pies.  
Ellos orondos y colorados,  
pues cada fraile come por tres;  
nosotros secos y rechupados  
y con más hambre que veintiseis.

Oh qué ensalada! oh qué embutido!  
Qué olla podrida, vamos á ver!  
Es el que come con el comido!  
Es la abundancia con la escasez!  
Nosotros pobres, á su pitanza  
hoy acudimos con avidez,  
que ellos los reyes son de la holganza,  
pues sin trabajo viven muy bien!

(Váanse todos con la música menos los centinelas y  
el Chato, que se queda meditando.)

ESCENA VIII.

El CHATO, luego D. CIRILO.

HABLADO.

- CHATO. Yo, que por náa ya me asusto,  
canguelitis siento á fe,  
desde que ese tío tunante  
me tiene líao con él.
- CIRILO. (Entrando.) Hola, Chato, te buscaba.
- CHATO. Pues aquí me tiene usted.
- CIRILO. ¿Están seguros los niños?
- CHATO. Y ni el sol los puede ver,  
pero me da mala espina  
este negocio.
- CIRILO. Por qué?
- CHATO. Porque hay gente poderosa  
de por medio, y si á saber  
llegan el fregao, maestro,  
nos columpian de un cordel.
- CIRILO. No te creí tan cobarde.  
Conmigo, ¿qué has de temer?
- CHATO. Ya se ha olío la tía Rufa  
dónde están, y sabe usted  
que los quiere.
- CIRILO. Tambien sabe  
que yo la puedo perder.
- CHATO. Aquí tiene el inventario. (Dándole un papel.)
- CIRILO. ¿En este sucio papel? (Lee.)
- CHATO. Yo no soy hombre de letras.  
Las alhajas que anteayer  
afaná la compañía  
de la tía Rufa y de usted,  
allá en San Francisco el Grande,  
San Isidro y la Merced.
- CIRILO. ¿Y el collar de ópalos nobles  
(Con furor creciente.)  
de la Virgen de la Fe?  
¿Los clavos de oro y brillantes  
del Cristo de la Merced?  
¿La diadema de amatistas

y el manto de Santa Inés?  
¿Y tantas grandes alhajas  
que aquí mis ojos no ven?

CHATO. Yo no sé náa, don Cerilo.

CIRILO. Responde, infame!...

(Cogiéndole por el pescuezo: el otro se sacude.)

CHATO. No sé.

Usté no expone al verdugo,  
como cáa quisque, la nuez.

CIRILO. ¿Me traes hecha ya la llave?

CHATO. Si señor, téngala usté. (Dándosela.)

He pasao la noche en claro.

CIRILO. Y la probaste?

CHATO. Pa qué?

Si es igual al morde en cera,  
que hicimos los dos ayer.

CIRILO. No olvides mis instrucciones:

á nuestra gente conten  
en las tapias de la huerta,  
hasta que la órden te dé  
para que el pajar incendie  
y en la confusion entreis.

CHATO. Bueno, bueno! (En chunga.)

CIRILO. (Codicilo!...

tú me vas á enriquecer!...)

(Abre Cirilo con la llave, la puerta de clausura, so-  
nando la cerradura y desaparece.)

## ESCENA IX.

El CHATO y luego ELENA, con mantilla y velo echado.

CHATO. Este tío á su negocio!  
Solo mira á su interés.  
Doy el gorpe, que ahora se hayan  
muy ocupaos en comer.

ELENA. ¿Dónde está don José Acosta? (Angostiada.)  
Por Dios, búsquemele usted.

(Dándole una moneda.)

CHATO. Bendito sea ese cuerpo  
y esos ojos y esos piés!...  
(Ahora el capitán se lía

con esta hermosa mujer  
y quedo dueño del campo  
y me tupo de parnés!...)  
(Grita por el arco del costado.)  
¡Que el señor capitán sarga,  
que le busca una mujer. (Vase.)

### ESCENA X.

ELENA, luego PEPE y después JUAN, por la verja.

ELENA. Reina hermosa de los Ángeles,  
que tanta injusticia ves, (Con fervor.)  
devuélveme la esperanza  
y robustece mi fe.

PEPE. (Una tapada!) (Llegando.) ¿Á quién tengo,  
señora, el honor de ver?...

ELENA. Soy yo. (Descubriéndose.)

PEPE. ¿Cómo en este sitio  
hallo dama de tal prez?

ELENA. La congoja me enmudece!

PEPE. ¡Por Dios, serénese usted! (Cariñosamente.)  
Y sepa en qué he de servirla,  
que con el alma lo haré.

ELENA. Disponga usted de mis bienes  
y de mi vida también;  
pero entrégue me los niños,  
que usted los tiene: lo sé.

PEPE. ¿Calumnias de ese malvado?

ELENA. Mi tutor.

PEPE. Qué avilantez!

ELENA. ¿Y usted noticias no tiene?

JUAN. (Desde fuera á las centinelas.)

Al capitán quiero ver.

PEPE. Que pase don Juan García...

JUAN. Señora, ¿cómo aquí usted  
y con Acosta? ¿Qué ocurre?

ELENA. Por los niños aquí entré.

JUAN. Yo corrí Madrid entero  
y nada pude saber,  
sino que ese miserable,  
don Cirilo, ha sido quien  
ha esparcido los rumores



- de que el agua emponzoñé.  
PEPE. Don Cirilo, hace un instante,  
me ha venido á proponer  
que yo presente los niños  
y me reparta con él  
toda la grande fortuna,  
que hoy ha renunciado usted  
por rescatar esos ángeles.  
JUAN. ¿Es cierto, Elena?... (Furioso.)  
ELENA. Lo es!  
PEPE. ¡La ha sacado una escritura!  
JUAN. Pues yo se la arrancaré  
con la vida, si es preciso,  
y le he de arrancar tambien  
lo que robó á su pupila  
y á Acosta, padre, y á usted.  
PEPE. Su lenguaje valeroso  
indúceme á comprender  
que donde los tribunales  
ya no alcanzan ni la ley,  
debemos nosotros mismos  
justicia solemne hacer,  
y que más fuerte que el crimen  
la virtud sea una vez.  
En el templo se halla orando!...  
¡Aquí á rastra le traeré!... (Váse corriendo.)  
JUAN. Voy tambien!...  
(Yéndose: Elena le detiene por el brazo.)  
ELENA. No!... Tengo miedo  
de hallarme á solas con él!  
JUAN. ¡Dios le traiga, porque de ésta,  
libre ya no se ha de ver!...

### ESCENA XI.

DICHOS. Se oye el ruido de una cerradura y aparece CIRILO de espaldas; vuelve á cerrar y se guarda la llave. Trae una cajita y un rollo de pergaminos. Al volverse ve á JUAN y ELENA, que ya le miraban al oír la cerradura. Sorpresa grande en los tres personajes. Durante esta escena, el CHATO recibe el fusil del centinela, que le llama con la mano y queda en su lugar.

JUAN. El Dios omnipotente,



que ve tu corazon,  
ha puesto frente á frente  
la hiena y el leon.  
Ya sabes mi nobleza,  
conoces mi valor,  
de Dios es tu cabeza,  
yo soy tu acusador.

CIRILO. Su tono y su lenguaje,  
sorprenden mi atencion:  
no rindo vasallaje,  
sin sombra de razon.  
Sus cargos no conozco,  
ni inspiranme temor;  
y no le reconozco  
por juez ni acusador.

ELENA. No es tiempo de ficciones,  
es tarde ya, señor,  
que á costa de aflicciones,  
conozco á mi tutor.  
Usted los niños tiene,  
segun declaracion  
de Acosta, que mantiene  
bien firme su opinion.

CIRILO. Yo no aliento ni descanso,  
y he corrido por Madrid  
á buscar los angelitos,  
que reclaman hoy de mí.

ELENA. Luego usted!...

CIRILO. Son imposturas!

JUAN. Vuelve pues, sin resistir,  
el papel que á tu pupila  
arrancaste ayer, por fin.

CIRILO. Lo he entregado á un miserable.

JUAN. Pero á quién ha sido, dí?...

CIRILO. Con la muerte me amenazan,  
si lo llego á descubrir.

JUAN. Cuantos bienes has robado  
y las pruebas tengo aquí, (Sacando papeles.)  
á mi Elena y los Acostas,  
hoy vas á restituir.

La escritura más solemne (Mostrándosela.)  
firmarás.

CIRILO. Yo nunca!... (Rechazándola.)

ELENA y JUAN. Sí!...

JUAN. Es que habrá muchos testigos,  
que á mi voz puedan venir.

ELENA. Salve usted, por Dios, su alma!...  
por el alma, no por mí!...

CIRILO. No me pidan que me acuse,  
como el último infeliz.

JUAN. Si creyese en Dios y el alma,  
¿obraría este hombre así?... (Á Elena.)

ELENA. Acabóse la prudencia!... (Con energía.)  
No me puede desmentir!  
Usted sólo me ha robado  
los dos niños!...

CIRILO. Yo!...

(Furioso saca un puñal y trata de huir.)

ELENA y JUAN. (Gritando.) Sí!... sí!...

JUAN. Alto, infame!...

CIRILO. Libre paso,

ó me le abre mi puñal!

JUAN. Soy más fuerte!... Caes difunto,  
(Poniéndole al pacho dos pistolas.)

como des un paso más!...

Suelta el hierro, que disparo!

(Le suelta y le recoge Elena.)

Cójale usted. Á firmar!...

(Firma en la mesita.)

La escritura!...

(La saca del pecho y la entrega.)

CHATO. (Lo han partío!...

Pues yo no me quedo atrás:

con el sol que más calienta.)

CIRILO. Vencido he quedado ya,

pero juro que los niños

á verlos no volverán.

JUAN. Ó ahora mismo los entregas,

ó con vida no saldrás!...

## ESCENA XII.

DICHOS, RUFA, que hace señas de inteligencia al CHATO.

RUFA. (Esta es la mía!... Si gano,

- ya no seré mujer mala!...)  
Hola, señores!.. (Yo tengo, (A Juan.)  
con su licencia, á mis anchas,  
que hablar aquí á don Cerilo.)  
JUAN. (Imposible!... Si se escapa,  
¿quién de los niños responde?)  
RUFÁ. (Yo, que los quiero en el alma  
y sabe que soy su amiga!...  
JUAN. (No puede ser!...)  
RUFÁ. (Acariciándole.) (Ea!... Vaya!...  
Déjenme trabajar sola!...  
No dude ustez!... Pruebas claras  
de mi corazon ya tiene!...)  
JUAN. Vamos, Elena.  
CIRILO. (Con alegría.) (Se marchan!)  
ELENA. Dónde?  
JUAN. Á la iglesia, señora.  
ELENA. Á ver si Dios nos ampara!...  
(Vánse tomando ántes agona bendita.)

### ESCENA XIII.

RUFÁ, CIRILO, el CHATO, de centinela.

- RUFÁ. Don Cerilo.  
CIRILO. (Yéndose; ella le detiene.)  
Vamos fuera!...  
Quiero salir de esta casa!...  
RUFÁ. Nada tema, que no vuelven  
y aquí hay gato de importancia.  
CIRILO. Hable pronto!... (Impaciente.)  
RUFÁ. Yo le aprecio  
y sabe que náa me espanta  
y que nos hemos metio  
en cosas güenas y malas,  
amigos quedando siempre,  
con pérdidas ó ganancias.  
Nos debemos mil favores  
y uno y otro estamos pata.  
Pero don Cerilo, hay cosas  
que me tocan en el alma  
y es el robo de los niños,  
que el corazon me traspasa.

(Limpiándose las lágrimas.)

CIRILO. Modere necias ternuras,  
no trate de intentar nada  
y en paz acabe el asunto,  
si quiere bien su garganta.

RUFA. Pues con esos argumentos... (Ironía.)  
Pero oiga ustez, me olvidaba  
de preguntar si ha encontrao  
los papeles.

CIRILO. Aquí se halla

(Alegre señalando el bolsillo.)

el codicilo famoso!...

RUFA. Y que tanto ustez ansiaba!...

CIRILO. No hay oro con que pagarle!

RUFA. ¿Y no ha robao las alhajas  
del relicario escondio?

CIRILO. Usted sabe? (Con impaciente alegría.)

RUFA. ¿Quién me gana

á esparramar el dinero,  
pa saber? Un lengua larga,  
un lego, me ha referio  
que fueron aquí enterradas  
por los frailes, temerosos,  
hace más de una semana.

CIRILO. Aquí? (Mirando y dando con el pie.)

RUFA. Sí, bajo esta piedra.

CIRILO. Y está un poco levantada!... (Con alegría.)

Somos felices, que tiene  
dos argollas soberanas!...

RUFA. Por una escalera oscura,  
á la gran cueva se baja,  
donde se halla el relicario:  
y la cueva está muy clara.

CIRILO. Chato, ven!... Usted de acecho. (Á Rufa.)

Necesito una palanca. (Al Chato.)

CHATO. Un fusil la suple. (Váse y vuelve.)

CIRILO. Corre!...

Profesora consumada,  
vales más oro que pesas!... (Acariciándola.)

RUFA. Mientras acecho, usted baja,  
pa que el Chato no se quede  
con el botín.

- CIRILO. Cosa clara!...
- CHATO. Aquí está.
- CIRILO. Pues trabajemos. (Lo hacen.)
- CHATO. Está movía.
- CIRILO. No tarda  
en salir.  
(Ruido lejano de voces.)
- CHATO. Ande!... Á la una!...  
Apriete!...
- CIRILO. Ya está sacada!... (Con alegría.)
- RUFA. Qué ruido es ese?
- CIRILO. Los nuestros,  
que mis órdenes no aguardan.
- RUFA. Acabemos, no nos cojan  
con las manos en la masa!
- CHATO. ¿Quiere una linterna sorda?
- CIRILO. Para qué? La cueva es clara.
- CHATO. Y si vienen?
- CIRILO. Tapais.
- RUFA. Pronto!
- CIRILO. (Seré un Creso!) (Bajando.)
- RUFA. Tapa!... Tapa!...  
(Deja caer el Chato la piedra, que da un golpe, y  
luego se oye la caída de un cuerpo en el agua. Ru-  
fa se pone en pie sobre la losa, llena de alegría, y  
exclama gritando y alzando los brazos.)
- RUFA. Ya están salvaos los dos niños  
y aquí acabé de ser mala!
- CHATO. Corro por ellos! (Váse.)
- RUFA. Que acudan  
á saber todos mi hazaña!...  
ménos Gloria!... Que no sepa (Transición.)  
jamás que su madre mata!...  
Don Juan! doña Elena! urbanos!...

### ESCENA ÚLTIMA.

RUFA. Van llegando JUAN, ELENA, PEPE, LUIS, SERAFIN,  
URBANOS, GLORIA, LIBERALA y luego el CHATO con los niños.

JUAN. Y don Cirilo?

RUFA. Por su alma

- recen un Ave-María. (Señalando la losa.)  
PEPE. Milicianos, á las armas!... (Saliendo derecha.)  
SERAFIN. Es inútil, ya están presos (Desde el foro.)  
los que asaltaron las tapias.  
LUIS. Cuantos empiezan por vagos,  
en criminales acaban.  
RUFÁ. Cómo tú aquí, Gloria mia?  
GLORIA. Porque él está aquí de guardia.  
CHATO. Señá Marquesa, los niños!... (Saliendo ahora.)  
RUFÁ. He cumplió mi palabra!... (Á Juan.)  
ELENA. Ángeles de bendicion!...  
JUAN. Salvos!...  
GLORIA. Alegres!...  
JUAN. Ilesos!...  
ELENA. Venid, y que con mis besos  
consuele mi corazon! (Estrechándoles.)  
CHATO. (¿Y qué hemos los dos sacao, (Á Rufa.)  
en este lío?)  
RUFÁ. (Estás loco?  
Pues qué, ¿te parece poco  
que no nos hayan ahorcao?)  
JUAN. Yo le debo mi existencia, (Á Pepe.)  
y de manos del demonio (Dándole un papel.)  
rescaté su patrimonio:  
era un deber de conciencia. (Abrazándole.)  
PEPE. Y es posible que recobre?... (Leyendo.)  
JUAN. Esta es la prueba notoria.  
(Mostrando la firma.)  
(Y ahora la madre de Gloria,  
no le arrojará por pobre.)  
PEPE. Todo lo debo á García!... (Le abraza.)  
GLORIA. Nos enriquece y nos casa!...  
JUAN. No; cuanto bueno nos pasa,  
se debe á la dueña mia!  
ELENA. Demos hoy gracias al cielo,  
que nos colma de favores:  
Gloria y yo, luego, señores,  
(Tomándola de la mano.)  
tomamos el nupcial velo.  
Hoy á mi palacio irá  
el prior de este convento  
y uno y otro casamiento



mi tío bendecirá.  
Todos quedan convidados.

LUIS. Que vivan los novios!  
TODOS. (Menos los novios.) Vivan!...

LUIS. Nuestros plácemes reciban  
por sus hechos esforzados!

JUAN. Y ahora, hijos míos, con gran pujanza,  
grito de guerra vamos á alzar:  
el del trabajo contra la holganza:  
somos los ménos contra los más.

Los que sin rentas y sin oficio,  
de oculto modo logran vivir,  
esos son zánganos, causan perjuicio,  
de la colmena deben salir.

Por los eternos dogmas cristianos,  
nunca en la patria deben tener  
ni aun los derechos de ciudadanos  
los que no sudan para comer.

Si ley de vagos no hay en España,  
ni un rey de hierro, noble leon,  
para librarnos de esa zizaña,  
haya una fiera conjuración.

Tan pocos brazos para el cultivo  
y tantas bocas para comer,  
dos mil gorriones por cada olivo,  
esto se acaba, no puede ser.

Y si la holganza es la pobreza,  
es la ignorancia, la esclavitud,  
las libertades y la riqueza,  
son el trabajo, que es la virtud.

Que pensamiento tan levantado,  
sigan las almas de buena fe:  
hasta que el ocio sea castigado,  
no puede España ser lo que fué.

## OBRAS DEL MISMO AUTOR.

---

El solteron.

La guerra de los sombreros. (Con Caballero.)

Memorias de un estudiante. (Con Oudrid.)

Entre la espada y la pared. (Con Vazquez.) Silbada.

Anarquía conyugal. (Con Gaztambide.)

Un concierto casero. (Con Oudrid.)

La isla de San Balandrán. (Con Oudrid.)

La corte de los milagros.

La doble vista. (Con Campos.)

El médico de las damas. (Con Vazquez.)

Pan y toros. (Con Barbieri.)

Gibraltar en 1890. (Con el mismo.)

Palco, modista y coche.

Los enemigos domésticos. (Con Arrieta.)

Viaje á Cochinchina. (Con el mismo.) Inédita.

El hábito no hace al monge. (Con Rogel.)

Los holgazanes. (Con Barbieri.)